This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

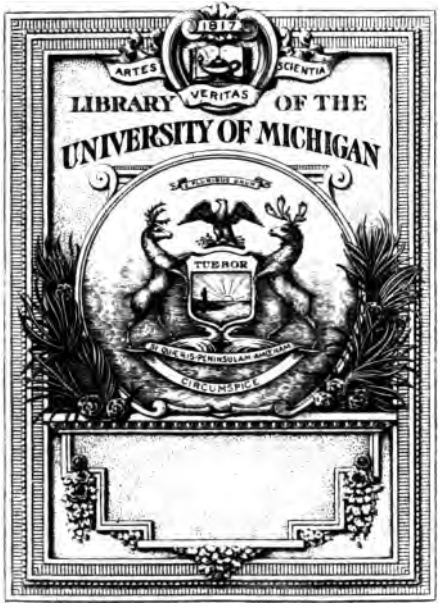
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE

LAS CONVERSACIONES

DE MI VIAGE,

Ó ENTRETENIMIENTOS

SOBRE VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL Y LITERATURA.

TRÁTANSE EN ELLAS VARIOS PUNTOS DE HISTORIA NATURAL QUE SON POCO CONOCIDOS, SE INSERTAN NOTICIAS MUY ÚTILES, FRAGMENTOS DE OBRAS MUY RARAS, VERSOS ORIGINALES, &c.

POR D. F. E. CASTRILLON.

TOMO TERCERO.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE REPULLÉS,
1805.
Se hallará en la librería de Orea, frente á San Luis.

AC
75
E56
v.3

63.306065

CONVERSACION XVII.

Cuenta su historia un amigo de Don Cárlos. — Reflexiones sobre los peligros de la juventud.

Llegamos á buena hora á Madrid, y en la puerta de Toledo hallamos á un amigo de Don Cárlos, el qual ya le tenia buscada una casa decente donde estuviese con toda comodidad, y con ménos gas-

to del que suele ocasionarse en las posadas públicas. Yo tenia la casa de mis parientes; pero como todos mis compañeros eran forasteros en la Corte, y como en la casa que se le habia proporcionado á Don Cárlos podiamos alojarnos, no quisimos separarnos tan pronto, y guiados de aquel amigo de nuestro compañero nos encaminamos á la expresada casa.

Sirviéronnos una abundante cena, miéntras la qual Don Cárlos informó á su amigo que se llamaba N. Owarne, y al dueño de la casa, cuyo nombre era Don Francisco, de lo divertido que habia-

mos traido el viage. Pero á poco rato fué preciso repetir algunas de las cosas que se habian contado, y así insensiblemente venimos á comenzar de nuevo nuestras conferencias. Don Cárlos, viendo lo aficionados que todos éramos á oir aventuras extrañas, propuso al señor Owarne que nos contase su historia, y para animarle á ello elogió tanto nuestro carácter que él no pudo negarse á complacerle, y comenzó en estos términos.

No hay cosa mas útil para los demas que la noticia de los agenos yerros, pues en la escuela del error es donde se aprende el cami-

no del acierto. Infeliz aquel que con sus propios defectos enseña á los otros; y mil veces felices aquellos que saben aprovecharse de los extravios agenos para vivir segun las voces de la virtud.

(a) Yo soy uno de los que estan en el primer caso: mis defectos pueden servir de escarmiento á todos; y al ménos si consigo esta felicidad, me tendré en cierto modo por dichoso. Yo me crié en Thornbury, pueblo de Inglaterra; donde mi padre me tuvo hasta los diez

(a) Extracto de una novela inglesa, muy digna de publicarse en castellano,

y nueve años en un Colegio, queriendo que me impusiese bien en las lenguas griega y latina ántes de pasar á la Universidad á proseguir mi carrera literaria. El último año que estuve en aquel Colegio me sucedió que saliendo una tarde á paseo, tomé el camino que va desde Thornbury á la ciudad de Glocester divertido con la lectura de la Eneida de Virgilio, quando me llamó la atencion la voz de una jóven que á corta distancia de mí reprehendia á un caballerito, que segun las apariencias, intentaba detenerla con algunas galanterias que ella no queria oir. La curiosidad

me hizo ir hácia ellos, y apénas él lo vió, quando fingiendo que la iba acompañando, se puso á su lado, y comenzó á hablarla de asuntos indiferentes. Yo pasé junto á ellos, los saludé, y no creyendo que àquella jóven tenia peligro alguno en semejante compañía, me puse á continuar mi lectura; pero ella acelerando el paso, se agarró de mi brazo, y me suplicó con las mas vivas instancias que la defendiese de aquel hombre. El entónces, viéndose ya descubierto, montó en cólera, y asiéndola fuertemente del brazo, procuró desprenderla del mio. Yo le rogué con la mayor política

que la dexase en libertad; pero él respondió, mandándome seguir mi camino, y aconsejándome que no me mezclase en lo que no me interesaba. En este estado ya era inevitable recurrir á la fuerza. Miréle atentamente de pies á cabeza, y viendo que era un hombre de unos treinta años, muy alto y robusto, conocí quan desiguales éramos, y quán mal partido podria sacar de la pelea; pero las voces del honor, y los ruegos de aquella hermosa aldeana me hiciéron atropellar por todo, y despues de algunas razones venimos á las manos; viendo lo qual la jóven comenzó á correr,

llamando á los labradores que trabajaban por aquellos campos. Miéntras tanto nosotros continuábamos nuestro combate; pues á pesar de que él era mas fuerte que yo, tuve la felicidad de disputarle por largo rato la victoria. Por último, me tiró al suelo, y lo hizo con tal violencia, que cayendo yo sobre el brazo derecho, me hice bastante daño: él se aprovechó de su triunfo; y sin duda me hubiera quitado la vida si no le hubiesen detenido las voces de los labradoros, que armados de palos y piedras venian á favorecerme. Temiendo este socorro, me dexó, y no pensó mas que

en huir: siguiéronle algunos de aquellos buenos hombres, y los otros se quedáron conmigo, acompañándolos la misma jóven que habia ocasionado el combate. Esta, viéndome tan mal parado, se sentó junto á mí, llorando; me limpió con su pañuelo la sangre, de que tenia cubierto el rostro; y en fin, no hubo auxîlio que ella no me suministrase; hasta que yo, viéndome mas aliviado, rogué á los aldeanos que me conduxesen á mi casa, y despidiéndome de Fanny (que así se llamaba aquella jóven) no pensé mas que en buscar un cirujano que reconociese el golpe del brazo, que

era lo único que me daba cuidado.

Acompañáronme hasta Thornbury, donde estuve quince dias en cama, y al cabo de este tiempo, una mañana me dixo la muger que me asistia: vaya, vaya, M. Owarne, que al ménos la jóven á quien habeis defendido merece bien que por ella se sufra qualquier daño. ¿Y cómo lo sabeis? la dixe yo; ella respondió, porque todos los dias ha venido á saber de vos, y aunque ayer faltó á hacerlo, sin embargo, envió á un jóven á preguntar por vuestra salud.

Oido esto, la rogué que si volvia aquel jóven le hiciese entrar á

mi quarto, y con efecto no tardé en tener el gusto de verle. Le hice las mayores instancias para que se detuviese un rato conmigo, y aproveché este tiempo en informarme de quién era aquella jóven á quien habia defendido. Supe que se llamaba Fanny, que era hija de un labrador que habia muerto dos años ántes, y que habiéndola quedado una corta herencia, ella y su madre se proporcionaban una honesta subsistencia con la costura. Preguntéle tambien quién era aquel hombre que la habia insultado; y como él me respondiese que no era conocido de ninguno de los del pue-

blo, convenimos en que seria algun cazador, que viendo á una jóven sola en el campo habia querido entablar conversaciones que no puede sufrir una muger honrada. ¡Qué monstruo es aquel que no respeta la virtud y la inocencia de una jóven, aunque sea en el mas apartado desierto!

Ultimamente, despues de haber tomado estos informes, rogué á aquel aldeano que dixese á Fanny quan reconocido estaba al ver su cuidado, y que al dia siguiente iria á su casa para tener el gusto de decírselo á ella misma. Con efecto, cumplí mi palabra con toda exâc-

titud. Dícese freqüentemente que el favor que hacemos á una persona sirve para unirnos á ella; pero yo no tengo necesidad de recurrir á este principio para explicar el interes que tomaba por Fanny. Sus bellezas, sus gracias, y su virtud, que se dexaba conocer en la misma modestia que realzaba su mucho mérito, todo contribuyó á rendirla mi corazon; y yo la amé desde el instante que la ví.

Llegó el dia siguiente, que tan esperado habia sido de mi impaciencia, y tomé el camino de Melford, pueblo donde residia Fanny. Su habitacion estaba separada del

lugar, defendida por detrás con una pequeña colina, y por delante con un cristalino arroyuelo. Una frondosa parra y dos árboles frutales adornaban su puerta, y un poco mas arriba de ella el arroyo, detenido por una roca, formaba una especie de cascada tanto mas hermosa, quanto un árbol encorvado formaba un puente natural sobre ella. Las cercanías eran sumamente deliciosas, por todas partes se veian cabañas y casas de campo; y el Mel, que serpenteando atravesaba aquel valle, fertilizaba todo el terreno, y contribuia á aumentar su hermosura.

Apénas llegué á la casa quando me salió á recibir mi querida Fanny acompañada de su madre: esta me testificó con la mayor expresion quan reconocida estaba al favor que habia hecho á su hija; pero esta ¡ah! quán diferente estaba del dia en que la defendí. Apénas levantaba los ojos para mirarme; apénas me habló si no con la mayor frialdad; y en fin, se manifestó tan indiferente, quanto en la primera ocasion se habia mostrado agradable y compasiva. Ya os podeis figurar quán sensible me seria este recibimiento tan opuesto al que yo me figuraba: acorté la visi-

ta lo mas que pude; pero sin embargo, tuve el gusto de ver que al despedirme se esforzó á ocultar algunas lágrimas que bañáron sus hermosos ojos. ¡Ah, quán agradable me será siempre este recuerdo! Entónces M. Owarne se levantó, y volviéndonos la espalda, procuró ocultarnos las lágrimas que le arrancaba semejante memoria. Todos le compadecimos, y él, recobrando su primera serenidad, volvió á sentarse, y continuó en estos términos.

Como no habian sido peligrosas las heridas que recibí en el combate, no dí parte de ello á mi padre;

pero viéndome ya restablecido, se lo escribí circunstanciadamente, y me respondió, alabando mi valor en defensa de una virtuosa doncella, y añadiendo, que pues ya estaba suficientemente impuesto en las lenguas griega y latina, determinaba que pasase á la Universidad; y que así muy pronto me enviaria una persona que me acompañase á Lóndres. Mucho gusto me hubiera causado esta noticia si la hubiera recibido ántes de ver á Fanni; pero entónces me dió el mayor pesar: no podia comprehender como habia de vivir privado del gusto de verla. Al dia siguiente tomé el ca-

mino de Melford para participarlas la determinacion de mi padre; pero apénas estuve á vista de su casa, quando temiendo ser recibido con la misma indiferencia que en la primera visita, no quise exponerme á semejante sentimiento, y me volví á mi casa mucho mas triste que lo que de ella habia salido. Cada dia de los que permanecí en Thornbury repetí las mismas tentativas; pero siempre fuí detenido por iguales temores; y últimamente, llegó el instante de la marcha, y partí para Lóndres sin haberme despedido de Fanny.

Mi padre me recibió con el ma-

yor cariño; y me dixo, que segun las pruebas que tenia de mi buena conducta, esperaba que sabria portarme en la Universidad con el honor que me correspondia; que así, juzgaba inútil darme un ayo que me acompañase. Me señaló una renta decente, y no me dió mas consejo que decirme que procurase freqüentar el trato de las primeras casas de aquella capital á fin de poderme proporcionar una boda ventajosa. Segun esto, ya pueden vmds. conocer que mi padre no pensaba en que yo fuese económico. Mi gusto hubiera sido ir á la Universidad de Oxford, por-

que estaba mas cerca del pueblo donde vivia Fanny; pero hube de marchar á la de Cambridge, porque así lo quiso mi padre. Como no habia visto á mi hermana desde muy niño, mi primera diligencia fué ir á Reading, donde ella estaba en casa de una hermana de mi padre; pero solo me detuve allí tres dias porque Fanny tenia mas poder que nadie sobre mi corazon. Así, pretextando que me aguardaba un condiscípulo que tambien habia de pasar á la misma Universidad, me despedí de mi tia hermana, y me fuí á Bekley, evitando pasar por Thornbury.

El dia mismo que llegué á aquel pueblo, me sucedió una aventura que podria hacer un buen papel en alguna novela, y fué que apénas descansé un rato en la posada, quando saliendo á dar un paseo por el camino de Melford, que solo dista de allí dos millas, me pareció ver sobre la yerba un libro; ¡pero quál fué mi sorpresa quanllegándome á cogerle ví que era el mismo Virgilio en que leia el dia que defendí á Fanny, no muy léjos de aquellos campos! Lo que mas extraño me pareció fué ver á mi Virgilio tan bien cuidado, que estaba dentro de una caxita de car-

ton ; yo habia puesto en la prira hoja: *ex libris Caroli Owarne*; y una letra que no conocí habia puesto débaxo, *á quien el cielo colme de felicidades.* Miéntras que yo estaba leyendo una y mil veces este letrero sin poder adivinar quien seria la persona que tanto bien deseaba, me pareció oir á lo léjos unos pasos acelerados, por lo qual volví la cara, y ví á Fanny que venia corriendo hácia mí. Consideren vmds. qual seria mi sorpresa; sin embargo, tuve la precaucion de volverla la espalda para que no me conociese hasta que estuviese muy cerca de mí, y po-

niéndome el libro debaxo del brazo; comencé á andar siguiendo la misma senda que ella traia. El ruido de sus pasos, que mas y mas se acercaban, me hacia palpitar el corazon; pero por último, quando ya estuvo junto á mí, me llamó, y dixo: caballero, ¿habeis hallado por casualidad un libro que he perdido? — Ola, Fanny, la dixe yo volviendo la cabeza ¿de quándo acá entendeis el latin? Es imposible pintaros qual fué su sorpresa y confusion al conocerme: quedóse parada sin poder articular palabra; y despues, volviéndose repentinamente, echó á correr para

huir de mi presencia. No me fué muy fácil alcanzarla; pero por fin, habiendo logrado detenerla, la dixe: Fanny, veo bien que no me conoceis; pues entónces no huyérais de mí: ella se puso colorada oyendo esto, se sonrió, y me dixo: pero M. Owarne, ¿quién pudiera pensar que estuvieseis por estos campos? Se decia muy de cierto que habiais dexado para siempre á Thornbury. — Y tenian razon en decirlo; pero he vuelto únicamente por veros; ántes de mi viage me hubiera despedido de vos; pero no lo hice por creer que no os gustaban mis visitas. — ¡Ay Dios mio..! Todo al

contrario; sino que... — Acabad, Fanny: decidme el motivo. — No me lo preguntéis: ya veis que sois un caballero; y nuestro vecino, el padre de Deik Cowsel, dixo á mi madre que no convenia á una jóven manifestar su agradecimiento. Yo, por mi parte, no entiendo el por qué una pobre muchacha no puede ser agradecida á los favores que recibe: quizás Deik Cowsel diria esto porque rehusé la mano de su sobrino: dice que soy muy orgullosa porque mi padre era noble; pero por cierto se engaña: conozco que esto no nos debe dar orgullo.

La inocencia con que pronunció estas palabras me hizo mucha gracia, y la respondí: por cierto que la casualidad de descender de una familia ilustre no debe darnos orgullo; pero si conocieseis vuestro propio mérito, quizás tendriais dificultad en no ser algo orgullosa. — ¿Os burlais de mí, M. Owarne? — Os aseguro que no; pero decidme, ¿quién ha escrito esto en mi libro? Ella se puso colorada, y no respondió, y yo continué. — Quizás se lo habreis mandado poner á Deik vuestro vecino. — ¿Deik? replicó ella sonriéndose: Deik no sabe escribir; pero sin embargo es un

buen muchacho. Fanny, la dixe yo, me parece que sereis conseqüente con vos misma; y pues habeis rogado al cielo por mi felicidad, no dexareis de concederme aquella que está en vuestra mano. Ella no me entendió: detúvose un rato como para penetrar el sentido de mis palabras; y despues exclamó: ¡Ay Dios mio! no me acordaba de que á estas horas debia estar de vuelta en mi casa. — ¿No quereis responderme á lo que os he preguntado? la dixe yo, deteniéndola de nuevo. Señor... esta fué su única respuesta; pero con toda la dignidad que caracteriza la virtud y la inocencia. Habia recibido tales lecciones sobre

la diferencia que hay entre un rico y una pobre aldeana, que no podia creer que un hombre de mi clase tuviese un amor honesto para con una persona de la suya. Conocí su modo de pensar, y me dí prisa á desengañarla, diciendo: ¿podeis creer, Fanny, que despues de haberme expuesto á perder la vida por defender vuestro honor, seré capaz de ultrajarle yo mismo? si os pido que me hagais feliz, no intento otra cosa sino que me concedais el título de esposo vuestro. ¡Cómo! exclamó ella con cierta alegría. ¿Vuestra esposa? no señor, es imposible... jamas puedo aspirar á

ello. Mucho trabajo me costó persuadirla á que hablaba con formalidad; pero quando ya lo conseguí, tuve el gusto de oir que desde aquella primera aventura, siempre habia pensado en mí; y que únicamente por ser cosa mia habia guardado mi Virgilio, y que nada podria hacerla mas feliz que la esperanza de llegar á ser mi esposa. Despues de esta confesion que tanto me lisonjeaba, manifestó quán sensible la era verse inferior á mí en los bienes de fortuna, y tambien en la educacion. Yo la aseguré que mi felicidad era independiente de las riquezas, y que en quanto á

la educacion, no tendria ocupacion mas deliciosa que instruirla yo mismo en todo lo que me habian enseñado. Ella me respondió con una gracia que me arrebató; y tuve la indiscrecion de cogerla su mano, por lo qual ella se enojó sobremanera, y me advirtió que no me volviese á suceder tener igual atrevimiento. En quanto á nuestra union, añadió, veamos primero lo que dice mi madre; pero, Fanny, la repliqué yo, prometedme á lo ménos que no os opondreis á su voluntad, si vuestra madre condesciende. Habladlá, me dixo ella otra vez, y en quanto á mí estad seguro de

que es lo mismo que si ya os hubiera dado el sí.

Satisfecho con esta respuesta comenzamos á pensar en los medios de arreglar nuestra boda. Supe que su vecino Cowsel dominaba enteramente á su madre, y que por su consejo habia yo sido recibido con tanta frialdad quando me presenté en su casa. Oido esto, conocí que mi primera diligencia debia ser atraer á mi partido á este hombre: y así despidiéndome de Fanny, volví al pueblo, y á la mañana siguiente fui á visitar á Cowsel.

Este era un labrador bastante

rico, pero de muy buen carácter. Apénas me vió en su casa se sonrió y me dixo. — Ola, M. Owarne, ¿qué viento os ha conducido otra vez á nuestra aldea? — Me parece que bien podeis adivinarlo. — Nunca he sabido adivinar, y ademas os respeto demasiado para atreverme á pensar en la única causa que puede motivar vuestra vuelta. — Estoy bien cierto de que aunque la conozcais no dexareis de apreciarme por ella. — Qué sabemos. — Vamos, señor Cowsel, no me aborrezcais porque Fanny ha despreciado la mano de Deik. — ¡Oh par diez! si ella le ha despracia-

do, á bien que no es el único que ha sufrido este desayre. Es orgullosilla, y quizás por eso la quiero yo tanto. Deik es un pobre mucacho; pero no la convenia seguramente. — Decidme, señor Cowsel, ¿no es cierto que Fanny es la criatura mas amable que puede hallarse? — Séalo en buen hora; pero, M. Owarne, ¿sereis capaz de abusar del favor que la hicisteis, exponiendo vuestra vida por defenderla? — Os aseguro que soy incapaz de tal infamia. — No os creo capaz de formar semejante proyecto; pero á veces las cosas suceden sin que pensemos en ellas;

y si esto fuese así os detesta-
ria otro tanto quanto ya os vo
amando.

Yo le expliqué entónces qua-
les eran mis designios, y que m
único deseo era poderla llamar m
esposa. El me oyó con mucha aten-
cion, y me respondió: conozco qu
sois el único hombre que puede me-
recer á Fanny; ¿pero qué dirá
vuestros parientes? Amigo mio, l
repliqué yo, como es imposibl
que mis parientes sepan apreciar e
mérito de Fanny sin conocerla; n
les daré parte de mi boda, sin
quando ya no puedan oponerse á
ella. Entónces sabrán lo que va-

le mi esposa; pues ya veis que quanto ahora les dixese no serviria sino de aumentar las dificuldes para conseguir mis intentos.

El me hizo algunas objecciones para asegurarse de la sinceridad de mis deseos; y viendo quan honestos eran, prometió hablar á mi favor, no dudando conseguir el sí de la madre de Fanny. Por fortuna no se engañó en sus esperanzas. Mi proposicion fué bien recibida: escribí á mi padre pidiéndole permiso para detenerme dos meses en compañía de mi condiscípulo Neville que residia en Malbouroug, y que debia acompañar-

me á la Universidad; y obtenido este permiso volví á Melford, y me establecí en casa de Cowsel quien arregló todas las precisas diligencias hasta que me hizo dueño de la preciosa mano de Fanny.

Llegó por fin el tiempo de ir á la Universidad, y dexando á mi esposa en compañia de su madre, y encargada al cuidado de mi amigo Cowsel, pasé allá acompañado de mi condiscípulo Neville. Tomamos juntos un buen quarto, y escribí á mi padre quan necesario me era formarme una buena biblioteca, por lo que me libró mil libras esterlinas, añadiendo otra su-

ma que correspondia á tres meses adelantados de mis asistencias. La carta en que me incluia estas letras venia escrita con las mayores muestras de cariño. Los únicos consejos que me daba eran que me portase con el lucimiento que correspondia á mi clase, y que procurase proporcionarme una union ventajosa. A no ser por lo mucho que insistia en esta claúsula, os aseguro que entónces mismo le hubiera descubierto mi matrimonio secreto, confianza que merecia bien su bondad; pero viéndole tan empeñado en que hiciese *una boda ventajosa*, no juzgué conveniente

darle parte de la mia.

Neville y yo convenimos en que él seria el único depositario de mi secreto. Su biblioteca debia pasar por mia en caso que mi padre viniese á verme; por manera que no gasté nada de la cantidad que mi padre me habia enviado, y sin hacer otra cosa que matricularme en la Universidad, volví á Melford á vivir con mi amada esposa.

Mi primer cuidado fué proporcionarme una honrada subsistencia, por lo qual emplee todo el dinero que mi padre me habia enviado, y todo el que despues co-

bré perteneciente á mis asistencias, en comprar quantas tierras pude. Mandé hacer una casa bastante cómoda junto á la de la madre de Fanny: dispuse un jardin; y últimamente, como el amor presidia á mis operaciones, os aseguro que no podeis figuraros cosa mas pintoresca que mi jardinito y mi casa.

A los once meses de esta vida tan feliz, tuve el gusto de tener una hija, cosa que aumentó sobremanera las delicias de mi situacion. Mi secreto aun estaba oculto á todos; tales habian sido mis precauciones, y tal era tambien la vigilancia de mi amigo Neville. Mi

niña crecia en la edad y en la belleza, y yo no tenia mas gusto que verla correr por el jardinito, donde todo el dia estaba acompañado de mi amada esposa. ¡Ah dias de felicidad! pasasteis rápidamente, y ya solo me queda la memoria de que exististeis.

Este recuerdo le arrancó algunas lágrimas, y luego prosiguió: de tan delicioso estado me sacó una carta de mi padre, en la que me decia que habia pasado á establecerse á Oporto en el reyno de Portugal, y me mandaba que inmediatamente me reuniese con él, pues tambien tenia consigo á mi

hermana. Ya os podeis figurar quán sensible me seria esta noticia. Mi esposa estaba en cinta; pero su alma, verdaderamente heroica, supo disimular la pena que la causaba nuestra separacion; é instándome para que obedeciese á mi padre, solo me hablaba del placer que tendria quando á mi vuelta la hallase criando el nuevo fruto de nuestro matrimonio. El cura de nuestra Parroquia, que me estimaba mucho, me dió una carta para mi padre, en la que, pintándole la virtud de Fanny, le exhortaba como buen pastor á recibirla en su gracia, y no perturbar

la paz de un tan buen matrimonio por intereses temporales. Esta carta era la que debia apoyar mi declaracion quando llegase el caso de poner en noticia de mi padre nuestra boda; Cowsel insistió en la necesidad de dexar asegurada á Fanny una honesta subsistencia, y habiéndolo arreglado todo á costa de la generosidad de mi padre, que no me negó ninguna cantidad de las que le pedí, marché al pueblo de Falmouth, donde me embarqué en un navío mercante, y llegué felizmente á Oporto.

El mismo dia de mi arribo á aquella ciudad, mi padre me lle-

vó á su gabinete, y me preguntó si no habia puesto la mira en alguna muger que pudiese asegurar mi felicidad. Es de advertir, que ántes de esta conversacion mi hermana me habia informado de que mi padre hacia algun tiempo que habia perdido su natural alegría, y se manifestaba sumamente triste. Esta circunstancia fué la que me impidió declararle en esta ocasion mi matrimonio. Por otra parte mi padre manifestó el mayor deseo de verme casado, y oyendo que mi respuesta fué que aun no habia hallado una muger como la que deseaba, mudó de

conversacion, y me dixo que tenia el sentimiento de ver que mi hermana habia despreciado quantos partidos se la habian proporcionado, y que únicamente manifestaba cierta inclinacion á un caballero ingles llamado Smith. Este era un jóven sumamente rico que habia venido á Oporto por poco tiempo; pero que habiendo visto á mi hermana en casa de nuestro Consul no habia pensado mas en proseguir su viage. Yo creo, añadió mi padre, que á pesar de este amor que manifiesta, no piensa en casarse tan pronto: esto me da algunos temores, y por lo mismo te

he llamado para que juntos procuremos estar á la vista de sus intenciones.

La idea de que mi padre me creia capaz de ayudarle en esta dificil empresa, lisonjeó sobremanera mi amor propio; y tomando á mi cargo este negocio, pasé inmediatamente al quarto de mi hermana. En la conversacion que tuve con ella, supe que Smith era un jóven que tenia las peores ideas acerca del matrimonio: que le consideraba como una carga insoportable; pero que sin embargo habia confesado que mi hermana era la única muger capaz de determinarle á sujetarse

á tan graves cadenas. Supe tambien que ella, á pesar de esto, le recibia porque su conversacion y sus gracias la divertian; y reprehendiéndola que mantuviese comunicacion con un hombre que así pensaba, y que la habia encargado que jamas descubriese á su padre sus intentos, concluí diciéndola, que pues Smith merecia su afecto, yo le haria declarar, ó cortaria su conversacion.

A poco rato de esta conferencia, me avisáron que M. Smith queria hablarme; cuya noticia me alegró mucho. Halléle tal como mi hermana me le habia pintado, su-

mamente marcial, graciosísimo en su conversacion, y muy amable por todos estilos. Dióme un millon de abrazos, como si desde niños fuésemos muy amigos, me convidó á dar un paseo por la ciudad, y no pudiéndome excusar á ello, salimos de casa, y recorrimos las calles, llevándome él asido del brazo, y presentándome á quantos encontraba. Sin embargo de lo halagüeño que me parecia su trato, no tardé en conocer que era un libertino de los muchos que por desgracia vemos en nuestros dias. Hablaba muy mal de la conducta de todas las damas, pero se entusias-

maba ponderando la belleza de una tal Doña Serafina; vereis, me dixo, como ha sabido reunir en su persona la hermosura de las inglesas con el gracejo y chiste de las mugeres de este pais. Yo no conozco una dama de mayor mérito; voy á presentaros en su casa; pero guardaos bien de mirar demasiado á esta Sirena, pues entónces os vereis preso en los mismos lazos que han quitado la libertad á tantos.

Hablando así llegamos á la puerta de una casa magnífica; tiró de la campanilla, y miéntras venia el criado, me dixo: vamos á pre-

guntar por Don Torquato N... pero esto solo es pura ceremonia; él no nos recibirá, y haremos la visita á su esposa. Con efecto, salió un lacayo, y nos dixo que su amo acababa de salir; y como Smith le mandase avisar á Doña Serafina, nos hizo entrar en un gabinete miéntras la daba el recado. No podeis figuraros el gusto con que estaba adornada aquella pieza. Todo en ella respiraba voluptuosidad; el olfato percibia los mas deliciosos perfúmenes de oriente; la vista se recreaba con los graciosos paises y pinturas que cubrian las paredes, y aun la imaginacion

tambien hallaba su placer, viendo varios instrumentos músicos, que desde luego hacian concebir esperanzas de que la dueña de aquella casa se servia de ellos para concluir el encanto que habia comenzado su belleza. Yo pensé que me hallaba en el templo de Paphos, quando Doña Serafina vino á completar esta ilusion, presentándose con todas las gracias que se suponen en la madre de los amores. Smith me presentó; y ella le dió gracias por haberla proporcionado el gusto de conocer al hermano de Henriqueta, y despues me cumplimentó con tal gracia, con tal dignidad; y al

mismo tiempo con tal cariño, que inmediatamente conocí el efecto de las flechas, contra cuyos golpes ya me habian prevenido. Me habló en ingles, y su conversacion fué sumamente amena: de todo hablaba con igual facilidad, y me pareció que no se habia descuidado en cultivar su talento. Al cabo de un buen rato me preguntó si gustaba de la música, y tomando una guitarra, añadió: aunque no canto bien, por lo ménos os haré formar una idea de lo que son las canciones portuguesas. Inmediatamente cantó una; pero con tal expresion, y acompañada con tales miradas, que ellas

solas bastaran á rendir mi corazon, aunque ya no hubiera cedido á tantos choques. Jamas muger alguna empleó tal arte para seducir á un hombre; ¡pero ah! que esto no me justifica, ni aun me excusa. La memoria de mi conducta en Oporto me cubre de vergüenza, y no puedo renovarla sin que me atormenten los mas crueles remordimientos.

Quando volví á casa de mi padre comencé á exâminar el estado de mi alma, y recobráron su primitiva fuerza todos mis sentimientos virtuosos. La memoria de mi inocente esposa, y la idea de los

lazos sagrados que con ella me unian, se presentáron á mi imaginacion como una barrera que jamas me seria posible vencer. Sin embargo, quando mi misma imaginacion se detenia á contemplar aquella encantadora portuguesa, que parecia manejar á su gusto todas las flechas del amor, creia verme separado de la region de la felicidad por esta misma barrera que me encerrabá en el círculo de mis deberes. ¡Oh qué peligrosas son las ilusiones de una pasion! ¡quán dificil es usar del juicio y de la razon, quando la imaginacion está poseida de un objeto de esta clase! Luchaba con-

migo mismo, y en este cruel combate hice mil protestas de no volver á casa de Doña Serafina; pero quando llegaba la hora de verla, jamas tenia valor para excusarlo.

Don Torquato N... era un caballero de mucha mas edad que su esposa; pero tan indiferente á sus gracias, quanto sensible á las de las demas mugeres. Me recibió con la mayor atencion, diciéndome que le haria un particular favor en considerar su casa como la mia propia; cosa que yo cumplí exâctamente, pues miéntras estuve en Oporto pasé mas tiempo en ella

que en la mia. Smith habia deseado y previsto esto mismo, porque le acomodaba á sus intentos el que yo acabase de mostrarme tan culpado como podia serlo. Ciertamente que yo por mi parte estaba muy ageno de sospechar semejante cosa, y ni aun me figuraba todo el riesgo que corria. Mi corazon era tan inclinado á la virtud, que creo que Doña Serafina, á pesar de sus gracias, me hubiera sido muy poco temible si no me la hubiera figurado tan virtuosa. Lisonjeábame el placer de verme estimado por una muger tan amable; estaba sumergido en un

profundo y delicioso sueño, y como mis proyectos se limitaban á cultivar sencillamente su amistad, no creia que ella tuviese otros ningunos mas que gustar de la mia.

Habiéndome ya convencido de que Smith era un hombre de mala moral, resolví conducirle á términos de explicar difinitivamente con qué idea visitaba á mi hermana. Dixe francamente á esta que no juzgaba que Smith pudiese hacer un buen marido, y que así deseaba que le despidiese; pero añadí, siguiendo el consejo de mi padre, que uno de nuestros parientes, que residia en Lóndres, ha-

bia determinado tenerla á su lado, por lo qual muy pronto me pondria en camino para aquella corte, llevándola conmigo. Smith estaba demasiado apasionado por Henriqueta para ver con indiferencia su partida; y entónces le sucedió lo que á veces sucede aun á los hombres y mugeres que mas obstentacion hacen de su libertinage, que fué quedar preso en los mismos lazos que él habia preparado. Pidió á mi padre á Henriqueta, y este, sabiendo el caudal que tenia, se la concedió inmediatamente; pero se arregló la boda con la condicion de que no tomaria el dote de mi her-

mana hasta despues de la muerte de mi padre; cosa que por entónces no supe yo.

Entre tanto se iba aumentando la embriaguez en que me hallaba hacia mas de un mes, y esto sucedió sin que yo mismo pudiese advertir los progresos de mi pasion; pero un incidente me dió á conocer el verdadero estado de mi alma. Recibí una carta de Fanny, y en vez de experimentar el placer que debiera darme esta prueba de la memoria de mi virtuosa y amable compañera, sentí, por el contrario, un cierto embarazo que no dimanaba de solos mis remor-

dimientos. Vista su letra, y conociendo por ella que no tenia novedad en su salud, guardé la carta en mi escritorio sin leerla, porque en aquel momento me hubieran sido insoportables las tiernas expresiones con que sin duda se explicaria en ella. Habia resuelto confiar á mi hermana el secreto de mi matrimonio, y proseguir ocultándoselo á mi padre; pero la vergüenza de que ella afease entónces mucho mas mi conducta, que sin duda no ignoraba, me hizo guardar silencio en este punto.

Otro mes pasó todavia en esta situacion. La vista de Serafina,

sus talentos y su conversacion me encantaban, no podia evitar ir á su casa, ni podia defenderme contra tantos atractivos. Quando no estaba á su lado pensaba en ella, y quando la veia no me hartaba de mirarla, y ya no tenia fuerzas para librarme de aquel yugo. Pero Don Torquato y su esposa gastaban mucho mas de lo que permitian sus bienes, y ya comenzaban á estar algo escasos. Mi padre me continuaba dando para mi bolsillo los mismos alimentos que me tenia señalados en la Universidad; y Serafina, que lo sabia, tuvo maña para obligarme á ofrecer-

la una cierta cantidad, sin aguardar á que me la pidiese. Estos préstamos se repitiéron demasiadas veces, en términos que me ví en disposicion de no poder concurrir á satisfacer los caprichos de ella, y á la justa pension que continuaba enviando á mi esposa. De un precipicio se va á otro, y yo tuve la imprudencia de recurrir en este aprieto á mi cuñado Smith, el qual inmediadamente me suministró todo el dinero que le pedí, y aun hizo la fineza de decirme que solo admitia mis recibos por el gusto de tener en su poder unos papeles firmados de mi mano.

Una de las cosas que mas me atormentaban era verme en la precision de buscar disculpas para que Fanny no extrañase mi larga detencion en Oporto, y mi silencio con mi padre. Smith comenzaba á manifestar deseos de volver á Inglaterra; pero yo procuré disuadirle de esta idea, no pudiéndome resolver á separarme de Serafina. Tambien se presentó otro obstáculo, y fué el inmediato parto de mi hermana, que pocos dias despues dió á luz un hermoso niño.

Ya veis quan largo tiempo estuve preso en los lazos de aquella Sirena. No os cansaré contándoos

el progreso de mis locuras, y vamos á que una tarde me hallaba yo en el gabinete de Henriqueta, quando me traxéron un villete de Serafina, donde me rogaba con las mayores instancias que fuese inmediatamente á verla. Ya podeis conocer que no me excusaria. Apénas entré en su quarto, quando me miró de un modo que manifestaba con la mayor energía su tristeza y su amor. Amigo mio, me dixo (haciéndome sentar á su lado), dentro de muy corto rato vendrán mi marido y vuestro cuñado, y así no tenemos un instante que perder. Sé que os debo demasiado

dinero; pero esto no me da pena, pues en todo el mes que viene Don Torquato ha de cobrar las rentas de sus tierras de P... y entónces os satisfaré enteramente. Por otra parte no soy tan orgullosa que sienta deberos esa friolera; y porque no creais que os engaño, os voy á dar una nueva prueba de la confianza que en vos tengo. Preciosa Serafina, la dixe yo, cogiéndola una mano, disponed de todo quanto valgo, y aun de mi propia vida, con tal que me deis esa prueba de confianza; pues ella me servirá para conocer vuestro amor. Callad, me dixo ella, y no profa-

neis el nombre de amor, quando solo tratamos de dinero. Repito que todo el que os debo será satisfecho el mes que viene; pero ahora me hallo en el mayor apuro; pues habiendo sacado fiado un aderezo de diamantes, tengo que pagarle ó volverle dentro de ocho dias. Os protexto que no habrá para mí mayor pena que verme privada de mi querido aderezo.

Señora, la respondí yo, mucho siento que mis facultades sean tan limitadas que no pueda ofreceros satisfacer vuestro aderezo sin preguntaros primero quanto necesitais para ello. Dos mil libras di-

xo ella, y yo quedé como muerto, calculando la diferencia que habia entre aquella cantidad y mis posibles, y deduciendo la dificultad que tenia en complacerla. ¡Oxalá, exclamé, que pudiera disponer del caudal de mi padre! entónces bien pronto os veriais satisfecha; pero por ahora no sé como manejarme para proporcionaros esa cantidad.

Ella suspiró repetidas veces, enxugó algunas lágrimas que caian de sus hermosísimos ojos, y levantándose repentinamente, dixo: ¡qué desgraciada soy! ved aquí por qué casualidad mi aderezo va

á poder de Doña Teresa, y esta envidiosa muger se llenará de vanidad, viendo que me quita una alhaja que tanto deseaba. Yo no sabia que responderla: guardamos por un rato el mas profundo silencio; pero al fin ella, volviéndose á sentar á mi lado, me dixo: amigo mio, no hay remedio; es preciso hacer que vuestro padre nos preste dos ó tres talegas por algunos dias: ¿sabeis si tiene ahora mucho dinero? ¿No os es permitido llegar á su caxa?

Mi padre, la respondí yo, jamas me habla de su caudal: sin embargo á veces abre delante de

mí el cofre en que tiene el dinero, y me parece que no está desprevenido.

Bravísimo, exclamó ella riendo: seria gracioso obligarle á que nos preste lo que necesitamos; hacedlo vos, y os lo estimaré sobremanera. —¿Señora, os chanceais? —No por cierto. ¿Qué vais á arriesgar en sacarle un dinero que dentro de pocos dias habeis de reemplazar? — Señora, siempre es una accion poco decente; ademas de eso, mi padre jamas me confia la llave. Ella se quedó algo suspensa, y despues me dixo: permitidme que ponga en planta un proyecto que me

ha ocurrido. Os daré parte de lo que resulte, y veremos lo que sabeis hacer por mí. Nuestra conversacion fué interrumpida por la llegada de algunas amigas de Doña Serafina; poco despues viniéron tambien Smith y Don Torquato, y varios otros tertuliantes: se cantó, se bailó, cenamos juntos, y no nos separamos hasta muy tarde. En el camino hasta casa dí parte á Smith de la urgencia en que se hallaba Doña Serafina, y le rogué con las mayores instancias que añadiese dos mil libras esterlinas á las cantidades que me habia prestado. El respondió que le

era muy sensible rehusarme este favor, porque habiéndose detenido en Oporto mas tiempo que el que habia pensado, se habia visto en la precision de escribir á su apoderado en Lóndres que le enviase cinco mil libras, cuya letra aguardaba por el correo inmediato, y que entónces me franquearia aquella cantidad si aun llegaba á tiempo de servir á Doña Serafina. Manifestóme esto con tal sinceridad, que yo no pude resistirme á tantas muestras de amistad; y le dí parte de mis amores con aquella dama, y tambien de la idea que ella me habia sugerido acerca de que

quitase á mi padre aquel dinero.

El dió una carcajada oyendo esto, y dixo: no se puede negar que es una muger de mucho talento. A la verdad la accion tiene malas apariencias, pero en el fondo es solo un chasco gracioso; pues teneis la absoluta seguridad de reemplazar ese dinero, ya sea quando ella os le pague, ó ya si no quando yo reciba la letra que aguardo. — ¿Hablais de veras, Smith? Sin embargo, siempre es engañar á mi padre. — ¿Cómo engañarle? eso seria quando él tuviese confianza de vos; pero si no la tiene, solo se trata de una chanza, y na-

da mas. Ademas, aquí solo se trata de un préstamo, como dice muy bien Serafina, y lo único que hay que mirar es que la cosa se haga sin que nadie lo sepa. ¡Ah, quán poco pensaba yo en la malicia que encerraban estos consejos! yo estaba muy poco acostumbrado al lenguage del crímen, para saber descubrir los lazos que me preparaban; y así agradecí á Smith que contribuyese á mi propia ruina.

Pasé la noche sin dormir, pensando en el proyecto de Serafina. La tarde del dia siguiente vino ella á ver á mi padre, y por casualidad se reuniéron en su quarto va-

rios amigos, de modo que fué allí la tertulia. Ella estuvo tan chancera y tan alegre como siempre. Buscó pretexto para enseñarnos una sortija que llevaba, en la qual habia una llavecita de diamantes, y miéntras que todos la celebrábamos, ella dixo á mi padre: ¿quántas llaves como esta se podrán hacer con la llave de vuestra caxa? yo no puedo calcularlo, replicó mi padre; pero bien creo que se podrian hacer unas dos mil. — ¡Dos mil! eso es mucho ponderar: ¿tan furibunda y corpulenta es la llave de vuestra caxa? Enseñádnosla, M. Owarne; pues os doy palabra de no quitárosla. Mi

padre quiso seguir la chanza, y sacando la llave se la dió á Serafina, la qual, guardándosela entre su pañuelo, dixo: os doy muchas gracias por vuestra generosidad, y os la volveré luego que haya usado de ella, tomando de vuestra caxa la cantidad que necesito. Todos reimos de aquel gracioso robo, y despues Serafina, cubriéndose las manos con el pañuelo, y ocultando la llave, dixo á mi padre: vaya M. Owarne, ¿qué me dais porque os la vuelva? Señora, replicó él, parece que estais sentenciando prendas; pero yo, en vez de pagar la mia, quiero sentenciaros á can-

tarnos alguna cosa en recompensa del susto que me habeis dado tomando posesion de mi caudal. Sea en buen hora, repuso ella: y porque veais quánto quiero complaceros, os cantaré una cosa que tiene cierta alusion con nuestro intento. Dicho esto, cantó con su gracia acostumbrada una cancion, cuyo estrivillo era

Llave del corazon es el secreto.

Dimos los mayores aplausos á su voz, y habiendo hablado de varias otras cosas, se despidió Doña Serafina, dándola yo la mano para

baxar la escalera, en cuyo tiempo ella me la apretó, y me dixo: mañana á las nueve de la noche no dexeis de ir á mi casa. Fuí exâcto en cumplir la cita. Serafina me recibió en su gabinete, y noté que tenia en la mano un papel en que habia envuelta una cosa. No sospeché lo que podia ser, y sentándome á su lado, la pedí me dixese en qué podia servirla. Conozco demasiado quanto me estimais, respondió ella, para dudar que hareis lo que voy á pediros, y mucho mas quando no os exponeis á ningun riesgo. Ved áquí un medio muy sencillo para salir de nues-

tro empeño. Este papel contiene un talisman, por cuyo medio dispondrémos á nuestro gusto del dinero que vuestro padre tiene encerrado sin utilidad alguna. Diciendo esto desenvolvió el papel, y me enseñó una llave, que me dixo ser perfectamente semejante á la del cofre en que mi padre tenia el dinero. Conoció quánto me admiraba al verla, y añadió: yo soy algo máxica: y mis ciclopes son los que han forjado esta llave encantada. Tomadla, y haced de ella el uso que os voy á prescribir: esta es una prueba de amor, y yo voy á ver si me amais con la sinceridad que decis.

Todo quanto os he contado que me pasó con ella debia haberme preparado á oir con tranquilidad una proposicion de esta naturaleza. Sin embargo, á vista de la llave, sentí un cierto horror que no pude ocultar. Veíame á la boca del precipicio, y un solo paso que diera iba hacerme delinqüente. A pesar de mi amor, tuve bastante valor para significar á Serafina mis temores, y la repugnancia que tenia en obedecerla. Andad, que sois un niño, me dixo ella: ¿pensais que yo no tengo tambien ciertos escrúpulos? Sin duda seria mejor que vuestro padre nos diese ese dine-

ro de su propia voluntad; pero si esto no es posible, se hace preciso valernos de algun artificio: este es muy inocente, y para probarlo repitió lo mismo que tantas veces me habia dicho.

Dificil es que os pueda pintar qual era mi agitacion en aquel momento. Las miradas, los suspiros y las palabras de aquella artificiosa encantadora trastornaban mi juicio. Unas veces creia que mis remordimientos solo eran unos pueriles temores, y otras veia que obedeciéndola iba á confundirme con los hombres mas despreciables. Así pasaba de lo justo á lo injusto, sin poder-

me fixar en nada. Pero mis dudas no duráron mucho tiempo. Aquella muger tenia demasiada penetracion para aprovechar el instante de dar el último golpe. Quando ya vió que no me detenia sino el temor de ser descubiero, me dixo: esto no es mas que un juego: porque veais quan previsto lo tengo todo, supongo que las talegas que tiene ese cofre esten colocadas en un cierto órden; de modo que si falta alguna á vuestro padre, pueda conocerlo apénas le abra. Para esto es preciso conservarlas en la posicion que tengan, y segun saqueis una pondreis

otra en su lugar. Tres son las que necesitamos, y yo tengo prevenidas otras tres llenas de monedas de cobre, que en este uso harán veces de plata, y mucho mas teniendo la precaucion de ponerlas debaxo de los otros. Yo admiré quán fértil era en recursos. Ultimamente, añadió tales razones, que me hizo darla palabra de obedecerla en un todo. Entónces me manifestó su agradecimiento con las mayores muestras de cariño; y para distraerme de algunos temores que aun me quedaban, me preguntó: ¿no adivinais cómo he podido lograr esta llave? — No señor,

ra, lo veo, y apénas lo creo. — Andad, que sois un necio: vos estabais presente, y nada visteis. Quando vuestro padre me dió la llave, y yo la tenia oculta con mi pañuelo, como para que no me la quitasen, saqué en cera la señal de ella, por la qual Smith ha mandado hacer esta otra. Ya veis que este es un artificio gracioso, y quizás llegará tiempo de que yo misma se lo cuente á vuestro padre, y ya vereis como lo celebra.

En fin, fuéron tales sus persuasiones, que renovando la palabra que ya la habia dado, me despedí, prometiéndola traer al otro

dia la suma de que se trataba. Ya he dicho que Smith habia mandado hacer la llave, por lo qual creí que esto era una nueva seguridad para mí, y así fuí á buscarle para asegurarme de la certeza que habia en reemplazar aquel dinero apénas viniese el correo. El se rió de mis escrúpulos, y me insinuó que los favores de Serafina eran demasiado preciosos, y que ningun servicio podia merecerlos; que fué lo mismo que decirme que nada era lo que se me pedia.

Ya enteramente resuelto á obedecer, fuí al quarto de mi padre. Me pareció que estaba mas tris-

se que lo que acostumbraba; me habló de quánto deseaba verme casado, y luego, mudando de conversacion, me dixo: sin duda te habrá causado extrañeza ver que yo tengo guardado mi dinero sin darle ningun giro; pero este es un misterio, cuya causa conocerás dentro de poco tiempo. Por ahora bástese saber que todo lo que guardo en ese cofre está destinado para su esposa. ¡Oh qué momento para descubrirle este secreto! ¿Sabria ó no sabria mi matrimonio? Indeciso en estas dudas no me atreví á responderle nada, quando se retiró, diciéndome que ya era hora

de recogernos, y que *pasase buena noche.* Dixo esto con un cierto tono que me pareció anunciaba que sabia ya mi matrimonio, y queria tranquilizar mis dudas; pero poco despues, reflexionando sobre el sentido de estas palabras, volví á entristecerme como ántes, conociendo que quizás mis deseos eran los únicos que las interpretaban.

Me retiré á mi quarto, y volví á luchar entre mi honor y el precepto de Serafina. Por fin, llegó la hora de consumar mi crímen. Tomé una luz, y caminando con el mayor cuidado, fuí al quarto donde mi padre tenia su cau-

dal. Antes me detuve un rato á la puerta de su alcoba, y viendo que dormia profundamente, volví á mi quarto, tomé la llave y las talegas que me habia dado Serafina, y me dirigí á abrir el fatal cofre. Apénas puse la luz en el suelo quando dió el relox las tres, y como si hubiera sido esto una cosa extraordinaria, me llenó de asombro el sonido de la campana. Por fin, abrí el cofre, y ví que sobre las talegas estaba un papel escrito de mano de mi padre. No pude resistirme á la curiosidad de ver lo que decia: ¡pero quál fué mi admiracion al leer estas pala-

Y le vi ála puerta de su alcoba con un vaso en la mano.

Alcarcha dib.º Miranda gr.º

bras! — *Hijo mio, te compadezco; el robo que has proyectado no te es útil, y mi muerte te pone en posesion de ese tesoro: vuelve la vista.* Yo leia esto á media voz, y mi padre repitió la última claúsula, vuelve la vista. Obedecí involuntariamente, y le ví á la puerta de su alcoba con un vaso en la mano. La idea de que iba á tomar un veneno me consternó, corrí á arrojarme á sus plantas, y no tuve fuerzas para quitarle el vaso de los labios. Caí en un desmayo, y quando volví en mí me hallé sentado en un sofá al lado de mi padre, que manifestando bastante se-

mana y á Smith. — No hagas tal: déxala: ignora el motivo de mi muerte: en quanto á Smith, es el hombre mas detestable que hay en el mundo, y ya tendrás tiempo de conocerle. El ha averiguado tu matrimonio con Fanny, y me lo ha avisado al mismo tiempo que la intencion que tenias de robarme dos mil libras.

Calló mi padre, porque conoció que ya el veneno iba haciendo su efecto; pero conservó bastante fuerza para ir á su cama, ayudado por mí, y á poco tiempo espiró. Figúrense vmds. quál seria mi agitacion en aquel instan-

te! Veíame cargado con aquel terrible secreto que no me era dado revelar por mi propio interes: sobre todo, me irritaba contra Smith que me habia facilitado el camino del crímen para despues descubrirme; y en el arrebato de mi cólera tomé la pluma, escribí un papel llenándole de improperios, y citándole para la puerta de la ciudad, apénas fuese de dia, con el fin de tomar venganza de su vileza. Fuí al quarto de los criados, desperté á uno, y le mandé que llevase á Smith aquel villete. Miéntras venia me puse á escribir á mi hermana, exhortándola á que sufrie-

se con constancia la desgracia que acababa de sucedernos, y que se manejase con prudencia segun las resultas que tuviese el desafio que iba á verificarse entre nosotros. Mi intencion era enviarla esta carta quando yo saliese de casa; pero apénas acabé de escribirla, quando volvió el criado, diciendo que Smith no habia dormido en casa.

Esta casualidad aumentó mi favor, y como por entónces no podia verificar mi venganza, abrí el escritorio de mi padre, deseando saber las causas que habia tenido para darse la muerte. Con efecto, hallé un papel dirigido á mí, don-

de me contaba varios fraudes de sus corresponsales, los gastos exhorbitantes que habia tenido que hacer con motivo de ciertos amores, y últimamente, su ruina inevitable. Añadia, que todos los talegos que tenia en su cofre, solo era de perspectiva. Yo me veia completamente arruinado, en el instante en que acababa de perder á mi padre, y advertia la perfidia del amigo á quien me habia confiado.

Apénas amaneció, y viendo que era imposible ocultar á mi hermana la muerte de mi padre, cosa que habia pensado encubrírsela hasta que me hubiese vengado de Smith,

mandé que la llamasen, y como mi dolor no me permitió prepararla para tan funesta noticia, la dió un desmayo al escucharla. Procuré tranquilizarla quanto pude; y tuve la precaucion de no hablarla de Smith. Ella lo hizo llorando, y diciéndome que estaba unida al peor de los hombres. Que hacia muchos dias la trataba con el mayor desprecio, echándola en cara la mala conducta de su padre, cuya ruina ó sabia ó preveía. Con igual desprecio la habia hablado de mí, contándola el proyecto que tenia de robar á mi padre, por complacer á Serafina; y como

ella quisiese defenderme, él llegó hasta al exceso de darla algunos golpes: la prohibió revelarme nada de esta conversacion, y juró quitarme la vida si tenia atrevimiento de reconvenirle en algun tiempo. Entónces ya no pude ocultarla que pensaba desafiarle, y que ya tenia escrito un villete para ello; en vano me representó las funestas consequencias que tendria para ella este duelo de qualquier modo que terminase: yo me mantuve firme en mi designio; pero no pude verificarle. Smith no pareció en todo el dia: supimos que se habia llevado consigo los dos criados que

habia traído de Lóndres, y esto nos hizo sospechar que habia abandonado á su esposa. Con efecto, fuí á casa del banquero donde cobraba sus letras; supe que habia tomado todo el dinero que le restaba, y ya no nos quedó duda ninguna de su fuga.

Mi situacion no podia ser mas crítica. Apénas habia en casa lo necesario para los funerales de mi padre. Sin embargo, un verdadero amigo suyo le fué fiel aun despues de su muerte: vino á casa, supo nuestras desgracias, y la fuga de Smith; por lo qual nos aconsejó que marchásemos al instante á

Lóndres, donde segun todas las noticias que nos comunicó habría él dirigido su viage, y que allí mi hermana reclamase los derechos que la daban las leyes. Este consejo nos hubiera sido absolutamente inútil, si aquel amigo no nos hubiera franqueado lo necesario, no solo para satisfacer las deudas de mi difunto padre, sino tambien para el viage. Pocos dias despues salimos de Oporto dirigiéndonos á Inglaterra. Miéntras la travesía, mi hermana y yo nos consolábamos mútuamente con la esperanza de la vida tranquila é inocente que debiamos pasar en Mel-

ford al lado de mi Fanny. Segun se iba disminuyendo la distancia que me separaba de ella, conocia renacer mi antiguo amor, y sentia todo el peso de las sagradas obligaciones en que me habia constituido quando la dí la mano. Llegamos á Bristol, y apénas dexé á Henriqueta en una posada decente, partí en busca de mi esposa, prometiendo á mi hermana que al otra dia la traeria en mi compañía. Resolví llegar hasta mi misma casa, evitando si era posible que me viese alguno, y me figuraba quánto placer me causaria presentarme á Fanny ántes de que

pudiese sospechar mi llegada. Hasta cerca de Thornbury caminé en silla de posta, continuamente gritaba al postillon que apretase los caballos, y siempre me parecia que iban despacio. Quando llegamos cerca de la ciudad, no quise entrar en ella, y como conocia bien todas las veredas, tomé un atajo que debia conducirme en derechura á Melford. Miéntras caminaba con quanta prisa podia, es imposible que os pinte el tropel de ideas que me ocurriéron. Habia mas de año y medio que faltaba de aquellos campos; y sin embargo tenia tan presentes todos los objetos, como

si los hubiese visto el dia ántes. Reconocí el parage en que ví á Fanny la vez primera; aquel donde con su pañuelo me habia ella limpiado la sangre que cubria mi rostro; y en fin, aquel donde ella me habia manifestado su amor, y yo la habia jurado una y mil veces serla constante en el mio. ¿Y habia yo faltado á este juramento? Yo me lo preguntaba á mí mismo, y no sabia qué responderme. Mis aventuras en Portugal solo me parecian un sueño; juzgábalas como efecto de un ciego destino que me habia arrastrado allí, y me habia tenido aprisionado. Mi cora-

zon no habia tenido parte alguna en aquellos extravíos: solo mi imaginacion era la que habia sido seducida. Ingenioso en excusar asi mis faltas, me lisonjeaba con la esperanza de que Fanny me las perdonaria; cosa que pensaba merecer manifestándoselas con toda sinceridad, y amándola en adelante, aun si ser pudiese, mucho mas que lo que ántes la habia amado.

El sol no distaba mucho del ocaso; la tarde estaba sumamente serena; ya distinguia entre los árboles la preciosa casa de Melford, donde iba á reunirme con mi esposa, mis hijos, y en fin, con to-

dos los objetos que mas amaba. Queria acelerar el paso; pero apénas podia respirar, y me ví en la precision de detenerme un rato para tomar aliento. ¡Oh cómo el corazon me palpitaba de alegria, y de impaciencia!

En este tiempo oí la campana de la Iglesia, y su sonido me conmovió. Eran aquellos mismos sonidos que me habian llamado á la Iglesia el dia de mi matrimonio: ¿cómo podia escucharlos con indiferencia? Todos los tiernos sentimientos que en aquella ocasion nuevo, todas las ceremonias nupciales se presentáron á mi idea, y opri-

miéron á un tiempo mi imaginacion, y mi corazon, hasta hacerme derramar un torrente de lágrimas.

Quando ya estuve á vista de la Iglesia, ví que todo el pueblo estaba reunido delante de su puerta, y que se encaminaba á ella un entierro. Esto me dió á conocer el motivo de no haber encontrado nadie en todos aquellos campos. El contraste de esta fúnebre ceremonia, con las dulces esperanzas que yo traia, me produxo la mayor tristeza. Mirando la reunion de todos los habitantes de la aldea, y pareciéndome que mani-

festaban mucho sentimiento, comencé á creer si habria muerto el Cura Párroco, y pareciéndome que Fanny no dexaria de hallarse en sus exêquias, resolví buscarla entre la gente. Redoblé el paso, y viendo que el féretro entraba ya por la puerta principal del templo, me encaminé á la otra, donde hallé uno de mis antiguos conocidos. Mi agitacion era tanta, que sin acordarme de saludarle, le pregunté si habia muerto el Doctor Grey, nuestro Párroco. El me miró como asombrado, y sin responderme palabra, se alejó prontamente de mí. Esta novedad comenzó á darme algun

cuidado: entré en la Iglesia, ví al Doctor Grey que estaba presidiendo la ceremonia fúnebre: los primeros que me vieron participáron mi llegada á los demas, y nadie se atrevia á hablarme, no sabiendo que decirme. Mi amigo Cowsel, su hijo y su hija estaban al lado del féretro: yo buscaba por todos lados á Fanny; y como no la hallase, atropellé por en medio de todos, llegué hasta donde estaba Cowsel, y asiéndole del brazo, le pregunté por ella. Sus lágrimas me dieron á conocer lo que pasaba: miré al féretro, y ví en él á mi querida esposa. Yo creo que

me arrojé á estrechar su cadáver entre mis brazos; pero no puedo decir lo que hice, pues un delirio furioso se apoderó de mí. Lo que únicamente me acuerdo, es de que escuché la voz del Párroco, que dixo: sacad del templo á ese infeliz. Obedeciéronle inmediatamente, y me llevaron á mi casa, donde estuve muchos dias en un estado de verdadera demencia. Al fin recobré el uso de mi razon, para sentir mas mi desgracia. Smith era quien la habia causado. Este monstruo detestable, sin mas fundamento que el placer de hacer mal, y sin que de ello ningun bien le

resultase, sabiendo mi matrimonio con Fanny, la habia escrito todo quanto pasaba en Portugal, pintándola con tanta viveza mi pasion hácia Doña Serafina, y mi olvido respecto de mi esposa, que esta, cuyo corazon no conocia el engaño, viéndome tan ingrato á sus finezas, y perjuro á tantos y tan solémnes juramentos, habia caido en una profunda melancolía, que al fin la conduxo al sepulcro. Para colmo de desgracias, un niño que habia dado á luz miéntras mi ausencia, habia muerto tambien, y no me quedaba mas consuelo que la otra niña. Esto fué lo que me

tranquilizó algo; pero no pudiendo vivir en aquellos parages donde tan feliz habia sido, vendí todas las tierras que habia comprado, y acompañado de mi niña dí la vuelta á Bristol.

Mi hermana me aguardaba allí, y apénas nos reunimos, quando pasamos á Lóndres á fin de practicar las mas vivas diligencias para saber de Smith. Con efecto, habia ido á aquella capital; pero como por lo general los malos siempre saben tomar bien sus precauciones, él habia previsto la posibilidad de nuestro viage aun ántes de que saliésemos de Oporto,

y tomó tambien sus medidas de que supo nuestra llegada á Lóndres, y se puso en fuga para evitar los efectos de mi justo resentimiento. Nosotros tardamos álgunos dias en informanos de su partida; pero por fin supimos que se habia embarcado en un navío que pasaba á la India Oriental. Por fortuna poseia un buen mayorazgo; y así, aunque vendió á toda priesa quantas tierras tenia libres, á fin de juntar dinero para el viage, no pudo hacerlo con las que estaban ligadas al vínculo. Mi hermana se presentó á los tribunales, reclamó los derechos que la daba el matri-

monio, y obtuvo todos los socorros que en estos casos proporcionan las leyes. Contenta con verse separada de un hombre que tan mal la pagaba su cariño, y viendo que podia mantenerse decentemente, se retiró á un convento, donde puse yo tambien mi niña, no creyendo que podia fiar su educacion á una persona que mas la cuidase que su tia. Viéndome ya solo, y devorado por los mas crueles remordimientos, que sin cesar me estaban acordando mi conducta en Oporto, resolví dexar mi patria, á fin de distraerme viajando. Recorrí gran parte de la Europa, y por

fin vine á España, fixando mi residencia en Cádiz, donde tengo la fortuna de hacer un ventajoso comercio. Soy rico; pero no feliz. ¿De qué me sirven todos los bienes del mundo, si murió Fanny, y espiró sabiendo que la habia olvidado?

Don Cárlos, que le habia conocido en Cádiz, y le habia tratado allí con mucha intimidad, se arrojó á sus brazos procurando enxugar las lágrimas que derramaba. Todos nosotros contribuimos á consolarle; y él dándonos gracias por nuestra atencion, dixo quánto celebraba la casualidad de hallarse en Madrid á tiempo que nosotros ha-

biamos llegado; pues esta circunstancia le habia proporcionado, no solo volver á ver á su antiguo amigo Don Cárlos, sino tambien conocer á unos sugetos que tanto se interesaban en sus desgracias. Dicho esto se despidió prometiendo volver á vernos á otro dia por la mañana.

Nosotros continuamos hablando de él, y Don Severo, como buen eclesiástico, tomó de aquí ocasion para ponderar quán infeliz es aquel que se entrega á una muger de mala moral, mucho mas quando se halla unido á una esposa. ¡Ah quán respetables son los vínculos del ma-

trimonio! No es una carga, como quieren decir los libertinos; si hay verdaderos placeres en el mundo, son los que se disfrutan al lado de una muger virtuosa; quando la religion aprueba nuestra pasion, y quando nuestro mismo corazon no nos reprehende jamas el exceso de nuestro amor. ¿Qué resultas tan funestas tiene el amor quando su objeto es criminal? las delicias que entónces se disfrutan pasan como un sueño; quando se desean, inquieta la memoria de que pueden no disfrutarse, pues siempre hay que vencer obstáculos; y á veces muchos peligros: quando se gozan,

jamas se disfrutan con tranquilidad, desaparecen aquellos instantes, y los siguen los remordimientos, la venganza y el precipicio. ¡Quán diferentes son las delicias del amor honesto! Se gozan en paz, y su memoria nos es dulce hasta los últimos periodos de nuestra vida. Publicamos el amor que hemos tenido á nuestras esposas, y hacemos vanidad de que todos lo sepan. Desengañémonos, sin la virtud no puede haber ningun placer en el mundo.

Estas mismas reflexiones de Don Severo, sirviéron de confirmarme en mi proyecto de publicar estas

conversaciones. Creo que no hay cosa mas útil que hacer públicas las desgracias que siguen al crímen; pues semejantes historias son otros tantos espejos donde cada uno mirarse puede, y aun tambien otros tantos frenos que sirven para contener al que corre en pos de su ruina, siguiendo los engaños del vicio. Si es cierto que hay en el mundo algunas mugeres, que como Doña Serafina, abusan de sus gracias, y forman con ellas otros tantos lazos para aprisionar los incautos, y lo que es peor y mas temible, disfrazando su depravada intencion con la capa del artificio,

¿qué cosa habrá mas útil que prevenir á los hombres semejantes escollos, y precaverlos contra estas sirenas, que como las de la fábula, solo cantan para llamar al precipicio? ¡Ah quántos exemplos hay de esta verdad! ¡quántos y quántos hombres se ven en el dia perdida su reputacion, su hacienda y su tranquilidad por haberse dexado seducir de una muger que les parecia incapaz de llevarlos á aquel abismo de males! El jóven, que apénas comienza á conocer el mundo tiene la desgracia de hallar con una de estas mugeres, se ve arrastrado dulcemente hácia su ruina.

Ellas tienen demasiada astucia para ocultar sus designios: saben que el vicio es demasiado abominable por sí mismo; que pocos serian los que le siguiesen si á primera vista conociesen su deformidad, y por esto su primer cuidado es presentarle con apariencias de virtud: la pasion mas criminal toma en su boca el nombre de amor honesto; los engaños mas viles y culpables, son entónces no mas que unos juegos de ingenio, y los delitos mismos no se presentan sino como unos pasatiempos de la juventud. Pero á poco tiempo se quitan la mascarilla, y el infeliz que

se ha dexado seducir, conoce tarde, y muy tarde el lazo que le han armado. Jóvenes, que esto leeis, considerad que desde el bien al mal, desde la inocencia al crimen hay solo un escalon: el mas leve impulso basta para baxarle; pero si quereis volver atrás, y pasar desde el delito á la virtud, si quereis recompensar las pérdidas que habeis tenido, vereis delante de vosotros una elevada muralla que no se salta si no á fuerza de vencer muchas dificultades; y aun quizás trabajareis toda vuestra vida, y jamas lo conseguireis. El Ser supremo que ve nuestros corazones, y que

siempre está pronto á recibir las voces del sincero arrepentimiento, fácilmente olvida nuestras culpas; pero los hombres, que por el contrario casi siempre piensan mal de sus semejantes, y que os culpan con tanta mas facilidad quanto les es muy dificil alabaros, jamas olvidan vuestros extravios. Si una vez conociéron vuestra mala conducta, es dificil que volvais á ganar su estimacion: no se harán cargo de que fuisteis seducidos; no pesarán vuestra accion como es en sí realmente, sino segun el valor que la dan las apariencias; y nunca, nunca dexarán de acordarse que

fuisteis culpado. Tened siempre presente esta verdad, si teneis la felicidad de estar en el camino de la virtud; manteneos firmes en él; gozad la tranquilidad, que es hija de la inocencia; mirad las flores del vicio como unas rosas llenas de espinas, y tan poco duraderas, que se deshojan apénas las habeis mirado; y últimamente, no penseis que una vez perdida la inocencia, habeis de poder recobrar la paz que la acompaña.

Estas reflexiones hacia yo quizás porque la historia de M. Owarne se parecia bastante á la de mi vida: compadecíale viendo que una

seduccion le habia arrastado contra su voluntad á cometer una accion que él mismo detestaba; y quisiera que todos los jóvenes conociesen lo mismo que yo conocia quizás por mi propia experiencia. Tan divertido estaba con mis propios pensamientos, que no atendia á la conversacion de mis compañeros. Por fin, viendo que trataban de retirarse á descansar, volví en mí, y los ví que estaban determinados á continuar las tertulias todo el tiempo que nuestros negocios nos permitiesen estar juntos: habiendo convenido en hacerlo así, nos retira-

mos cada uno á nuestro quarto.

Como eran distintos los negocios que me llamaban á la Corte, no duró nuestra reunion mas que dos dias. Al siguiente nos dixo Don Cárlos que tenia precision de continuar sus viages. Don Severo, Don Fernando y su hermana tambien tuviéron que pasar al sitio á entablar ciertas pretensiones; y nuestro astrólogo no tardó tampóco en separarse; pues se le proporcionó un viage á América en compañía de un caballero que pasaba allá con un gobierno. Don Cárlos fué quien le proporcionó esta colocacion, ayudado de su a-

migo Owarne. Este, que podia decir con Dido,

En mis propias desgracias he aprendido
á tener compasion del afligido.

se dolió de su suerte, y viéndole bastante instruido, tomó tan á su cargo su felicidad que le buscó su fortuna. Tan cierto es, qúe quien no sabe lo que es desgracia propia, rara vez se interesa por las agenas.

Así nuestras tertulias duráron muy poco; pero continuáron siendo tan divertidas, por lo qual yo seguí apuntando lo que en ellas se trató, como ya habia hecho con las antecedentes.

CONVERSACION XVII.

Varias composiciones poéticas. — Léese el primer acto de una tragedia China.

En cumplimiento de nuestro convenio, ya estábamos reunidos al anochecer del dia siguiente, y segun nuestra costumbre, fué Don Severo quien comenzó á hablar, di-

ciendo: señores, me acuerdo que en el principio de nuestro viage nos propusimos dedicar algunos ratos á las musas, y tambien me acuerdo quán poca parte las ha cabido en las sucesivas conversaciones con que hemos entretenido el camino. Bien será, que pues ya estamos á pie firme, las recompensemos; no sea que creyéndolo desayre, pues al fin son mugeres hermosas y muy mimadas por su padre Apolo, nos nieguen en adelante el influxo de sus favores.

DOÑA CLARA.

Eso es decir que vmd. quiere que esta noche se forme una espe-

cie de Academia; yo soy la mas interesada en eso; pues soy la que mas he trabajado en ese punto. Apénas se han dicho mas versos que los mios en todo el curso de nuestro viage, y no me parece regular que se obligue á trabajar mas á la que ménos sabe.

DON CARLOS.

Vamos, señorita: conténtese vmd. con decir que quiere que la ayudemos, y no se empeñe en probar que es capaz de hacer ménos que nosotros. A lo primero todos dirémos que es justo; pero no podrémos convenir en lo segundo, si ya no es que se nos haya olvida-

do el romance de aquel pastor, que en vez de llorar sus zelos, los cantaba; y varias otras cosillas que hemos oido y admirado.

DON FERNANDO.

Señores, no se pase en cumplimientos la noche. Todos hemos de trabajar en lo que sepamos; y si nuestros versos no son buenos, al ménos serán originales; y crean vmds. que en nuestros tiempos, donde por todas partes se ven traducciones, y apénas se puede pescar un renglon original, no es poco mérito esa circunstancia.

DON SEVERO.

Buen modo de animarnos á la

empresa: ya creo que estamos juntos los que hemos de formar la tertulia; pues el amigo de Don Cárlos ha enviado á decir que está sumamente ocupado, y no puede concurrir á ella. Yo lo he sentido; pero á bien que nuestro Don Francisco desempeñará su parte, y aun tambien la de M. Owarne; pues como viene de refresco, y no está cansado de hablar, como nosotros que hemos venido charlando ochenta y cinco leguas, bien podrá desempeñar ambas tareas.

Don Francisco (que así se llamaba el dueño de la casa) dixo: mucho siento no poder cumplir, ni

con mi parte ni con la de M. Owarne; pues absolutamente jamas he compuesto un verso.

DON CARLOS.

Es muy extraño eso; y mucho mas quando sé que ha sido vmd. muy buen estudiante.

DON FRANCISCO.

Estudiante he sido; bueno, Dios lo sabe; pero lo cierto es que soy inútil para empresas poéticas. Jamas las musas se han dignado favorecerme: quizás será porque tampoco he sido favorecido del hijo de Venus. No se escandalicen vmds.; pero les aseguro que jamas he tenido aficion á la poesía; porque

nunca he podido sufrir que se diga que los ojos de una dama despiden rayos, ni que sus dedos son claveles, ni las demas cosas que para todos son bellezas y rasgos de ingenio, aunque para mí son disparates.

ASTRÓLOGOS.

¿Y quién le ha dicho al señor Don Francisco que es el único que piensa de ese modo? Yo era de la misma opinion quando escribí á una dama, á quien quise mucho, estos versos que voy á referir á vmds.

SONETO.

Si los ojos de Laura soles fueran,
el diablo que á mirarla se llegara;
y si en su llanto perlas derramara,
á cachetes los hombres anduvieran:
Si rosas sus mexillas compusieran,
á la vuelta de un mes no habia cara;
y si en sus dedos el marfil mostrara,
colmillos de elefante parecieran:
Pero todo esto es falso por fortuna,
Laura es muger, y no la mas hermosa,
aunque entre las bonitas ella es una:
infeliz fuera yo si fuese diosa,
pues entónces al cielo se marchara,
y yo jamas con ella me casara.

Vean vmds aquí una sarta de verdades que todo hombre de bien puede decir, sin ser embustero.

DON SEVERO.

Sin embargo, yo apuesto á que la señora Laura no se contentó mucho con el elogio.

ASTRÓLOGO.

Así fué; y tomó de aqui ocasion para decir que yo no la queria. Y aun tambien me acuerdo que se valió de un estudiantillo de esos juguetones de palabras, que andan á caza de equívocos, y respondió á mi soneto con unos insulsos ecos, de los quales no tengo presentes sino estos versos.

Si á una miras, ya la admiras:
si bella la llamas, amas;
pues los inconstantes, ántes
comienzan por la alabanza.

DON CARLOS.

Muy mal está vmd. con los ecos; pues tanto le disgustáron esos versos que mandó hacer su querida.

ASTRÓLOGO.

Estoy mal con ellos por lo mucho que se apartan de la naturaleza, y tambien porque el poeta, por atender á ese jueguecillo de palabras, se descuida de lo que constituye la verdadera poesía.

DON FERNANDO.

Por manera que si hubiera unos ecos que no se separasen del camino de la naturaleza, ni fuesen violentos, vmd. los apreciaria, y aun tal vez les daria muy buena acogida.

ASTRÓLOGO.

Con los brazos abiertos los recibiria; ¿pero dónde estan en la naturaleza los ecos?

DON FERNANDO.

Poco á poco, amigo mio: ya sabrá vmd. que la pobre ninfa Eco, en castigo de haber parlado lo que debia callar, fué castigada á perder el uso de la lengua, sin que

pueda pronunciar mas que la última palabra, segun aquello de

Et tantum permissit novissimam reddere vocem,

ASTRÓLOGO.

Ya sé todo eso, y tambien sé que salió tan escarmentada, que no solo no habla; pero ni repite la última palabra de lo que oye, sino la última sílaba, y aun esto muy confusamente.

DON FERNANDO.

Tambien hay mucho que decir en eso. Hállanse en varios parages algunas grutas donde el eco repi-

se palabras enteras una, dos y tres veces; y aun se cuenta de una gruta de Inglaterra, donde se repite todo un periodo de cinco ó seis palabras con la misma fidelidad que las pronunció el observador. No salgo garante de esta verdad; pues es noticia que debo á los libros, y estos tambien saben mentir, bien es que la cosa no repugna á la buena fisica, pues tales pueden ser los choques del ayre recibido en cóncabos proporcionados, que repitan todo lo que se dice. En fin, sea de esto lo que quiera; pues á mi intento basta saber que el eco es capaz de repetir la

última palabra, segun la sentencia que se impuso á aquella parlanchina, en cuya suposicion si finximos que un hombre habla en un monte á sus solas, creyendo que nadie le oye, y el eco le responde, y engañado él juzga que es un hombre, le contexta, y el eco vuelve á repetir, tendrémos que puede formarse un diálogo que será inverosimil; pero con aquel grado de inverosimilitud que se tolera en la poesía, porque imita algo á la naturaleza.

DON SEVERO.

No hay duda, que una composicion formada de esa suerte seria

muy graciosa. Desde luego podria uno ir al campo con ella, y verificar allí lo mismo que se fingió. Háganos vmd. el gusto de darnos una prueba de ello; pues por lo que ha dicho, juzgo que tiene trabajado algo en esta materia.

DON FERNANDO.

De muy buena gana referiré á vmds. una composicion mia, que si no me engaño es la segunda que en España se ha compuesto por el estilo: al ménos, yo no he visto otra si no la que me sirvió de modelo, y es de un antiguo poeta español. Pero esto no es decir que no haya mas que estas dos, pues

en nuestra lengua se han compuesto muchos y muy buenos versos; y yo, aunque he leido mucho, no me lisonjeo de haberlos visto todos. En fin, mi composicion es esta. Un galan llega á los campos donde habia visto á su pastora, y entusiasmado con sus dulces memorias comienza á delirar, como es antigua costumbre de enamorados, y el eco le responde, por manera que se verifica lo que ha dicho Don Severo: leyendo este diálogo entre unas peñas se han de oir precisamente las mismas respuestas, y si nó, no vale nada. Pero baste de introduccion, y oigan vmds.

Diálogo entre un Galan y el Eco.

GALAN.

Bellas selvas, donde ví
mi dulce pasion premiada,
dadme nuevas de mi amada,
que pienso que la perdí.

ECO.

Di.

GALAN.

¿Qué diga? ¡Lindo donayre!
mas pues responderme quieres,
dime primero quién eres,
porque no te haga desayre.

ECO.

Ayre.

GALAN.

¿Eres ninfa enamorada,
ó eres gallardo pastor,
que por cuidados de amor
no cuida de su manada?

ECO.

Nada.

GALAN.

Si eres nada, no está bien
que de tí se fie un hombre;
y pues me callas tu nombre,
mi pena calló tambien.

ECO.

Bien.

GALAN.

Pronto convienes por cierto
en callar: la prueba es esa

de quán poco te interesa
este mi dudar incierto.

ECO.

Cierto.

GALAN.

Claridad gastas á fe:
pero dime por tu vida,
¿de la que lloro perdida
sabes nuevas que no sé?

ECO.

Sé.

GALAN.

Pues no me niegues el gusto
que al oirlas tendré yo:
di ¿por qué no me escribió
causándome tal disgusto?

ECO.

Gusto.

GALAN.

¿Gusto fué? mal gusto tiene
en causarme tal dolor:
¿mas si tendrá algun pastor
que en mi ausencia la entretiene?

ECO.

Tiene.

GALAN.

¡Quién creyera sus mudanzas!
¿Con que aquellos juramentos
solo fuéron fingimientos
y engañosas asechanzas?

ECO.

Chanzas.

GALAN.

Chanzas que á mil precipicios
me guiáron; vil muger,
¿qué causa pudo tener
para olvidar mis servicios?

ECO.

Vicios.

GALAN.

Nunca pudiera pensarlos
en su virtud: si supiera
quién es su amante, corriera
en el instante á buscarlos.

ECO.

Cárlos.

GALAN.

¿Cárlos es? ¿dí cómo ó quándo
su voluntad seganó?

¿de qué medios se valió
para ir su pecho ablandando?

ECO.

Dando.

GALAN.

Mira que parece bola:
mil veces se lisonjeaba
que el oro nada lograba,
si no la constancia sola.

ECO.

¡*Ola*!

GALAN.

Quando me ausenté de aquí
alguien la seduciria,
y en mi daño la hablaria
porque me olvidase así.

ECO.

Sí.

GALAN.

Dame por tu vida el gusto
de decir quién es ese hombre,
si es que merece este nombre
hombre que fué tan injusto.

ECO.

Justo.

GALAN.

No me acuerdo quién es ese:
¿si será el que se reia
de mí porque nunca hacia
cosa que ella no quisiese?

ECO.

Ese.

GALAN.

Ya daba yo por supuesto
que ese fué quien me vendió;
mas pues ella me olvidó,
á mudar de amor me apresto.

ECO.

Presto.

GALAN.

Hermosuras hay sobradas
de quien prendarme podré
bien pronto dama hallaré,
pues que las hay á vandadas.

ECO.

Dadas.

GALAN.

Satisfecho voy de vos,
pues me habeis desengañado;

y de pastor tan honrado
la vida pediré á Dios.

ECO.

A Dios.

ASTRÓLOGO.

Razon tenia vmd. en decir que su composicion imitaba bastante á los ecos, tales como los hay en la naturaleza, y desde luego debe separarse de toda la cáfila de ovillejos, contra quienes siempre estaré de mal humor.

DOÑA CLARA.

Ya que vmd. está decidido á favor de la sencillez, voy á referir á vmds. una cosa sencillita. Trátase del amor de dos niños,

y así no hay que esperar cosa sublime.

DON SEVERO.

Vean vmds. cómo sin pensarlo hemos venido á formar la academia que queriamos. Díganos vmd. sus versos, pues si se parecen á los otros que de vmd. hemos oido, desde luego tienen segura mi aprobacion.

DOÑA CLARA.

No olvide vmd. que á veces en un mismo árbol se halla fruta verde y madura. Pero de qualquier modo que sea voy á cumplir mi palabra.

ROMANCE.

Se enamoró el niño Antonio
de la niña Teresita:
niño es amor, y ellos niños:
¿si harán una niñería?
No brotaba en aquel prado
violeta ni florecilla
que Antonio no la cortase
para darla á su querida:
ni ya con seguridad
los paxarillos podian,
tener compuestos sus nidos
para cuidar de sus crias:
ni en la torre de la iglesia
con tranquilidad vivian

las inocentes palomas
ni las doctas golondrinas:
á todos el niño Antonio
declaraba guerra viva,
y sus cañas alcanzaban
donde él trepar no podia:
en fin, con nidos y flores
conquistó Antonio á su niña;
¡válgame Dios! ¡cuántas muertes
tiene á cargo Teresita!
Amor, malas chanzas gastas,
díganlo estas avecillas:
no, pues tan grandes estragos
no son una niñería.
Una tarde que Antoñito
á su choza se volvia,
halló por casualidad

á la graciosa Juanita.
Miróle ella, y sonrióse:
él la volvió la sonrisa;
y en fin, tanto se riéron,
que paró en amor la risa.
Dióla Antonio un ramillete
que llevaba á Teresita,
y Juana correspondió
regalándole una cinta.
Desleal anduvo el niño:
¿será esta la niñería?
No por cierto, muchos hombres
lo mismo hacen cada dia.
Como los dos eran niños,
y no tenian malicia,
agarrados de la manos
se fuéron á su alquería.

Por lucir su agilidad,
por las zarzas se metian,
saltaban los arroyuelos,
y pisaban las espigas.
Unas veces resvalaban,
y otras tambien se caian;
pero Antonio con los brazos
á Juanita sostenia.
Una vez que esto pasó
muy cerca de su alquería,
vióla, por desgracia de ambos,
la olvidada Teresita.
Zelos me dicen que tuvo,
mas yo digo que fué envidia;
pero sea lo que fuese,
mucho se enojó la niña.
Cogió una piedra y tiróla

por vengarse de Juanita,
que aunque amigas ambas eran,
amor las hizo enemigas.
Grosera venganza fué,
y entre amantes poco digna;
pues en las guerras de amor
las pedradas no se estilan.
Si esta Teresita fuese
una romana heroína,
con un puñal ó un veneno
sus agravios vengaría.
Mas de una piedra se vale,
porque es una tierna niña:
diverso es el instrumento,
mas la venganza es la misma.
Pero volviendo á mi cuento,
viéndose Juana ofendida,

tiró tambien otra piedra
para herir á Teresita.
Esta no se descuidaba,
tiraba quanto podia;
y su gallarda contraria
lo mismo se defendia.
En vano intentaba Antonio
detener sus crueles iras;
y siempre en el ayre estaban
tres ó quatro peladillas.
Una de estas, por desgracia,
fué á pegar á una gallina
de las que habia á la puerta
de la niña Teresita.
Alborotóse el cotarro,
y fué tal la gritería,
que la madre de Teresa

salió á ver que sucedia.
Mirando el feroz combate,
muerta su mejor gallina,
y lo que es peor que todo,
tan enojada su hija;
Sin averiguar la causa
se fué derecha á Juanita,
y la dió dos bofetones
para amansar su osadía.
Comenzó Juana á llorar,
al llanto salió su tia,
y conociendo el motivo
se enzarzó con su vecina.
Tambien la abuela de Antonio
vino á saber lo que habia,
y entre las tres comenzáron
una descompuesta riña.

El resultado de todo
fué saber que Teresita
tenia zelos de Antonio,
porque obsequiaba á Juanita.
¿Amores con un mocoso?
dixéron las tres vecinas;
¡vaya, si ya hasta los gatos
quieren gastar zapatillas!
Teresa llevó una zurra,
otra igual llevó Juanita,
miéntras la abuela de Antonio
á pellizcos le crugía.
¡Quién pensára que en azotes
esta historia pararia!
Al fin, las cosas de niños
son siempre una niñería.

DON SEVERO.

Me alegro que se haya verificado mi pronóstico, y en este romance no habrá tenido que criticar nuestro compañero; pues la cosa es muy natural, y pudo suceder del mismo modo que se pinta. Y pues ya van tres socios de nuestra tertulia que han cumplido con la academia, razon será que vaya siguiendo el turno.

DON CARLOS.

Por obedecer á vmd. diré un soneto que hice á una dama que jamas quiso quererme, aunque sabia que yo la amaba.

SONETO.

Quisiste, amor, que yo mirase á Elisa,
que su boca y sus ojos contemplara,
y que de cuerdo en loco me tornara
su malino mirar, su dulce risa.
Desde entónces quisiste que á Marfisa
olvidase, y á Estela, á Lesbia y Clara,
y que á delicias ciertas renunciara
por un bien que remoto se divisa.
Quisiste que cantara su hermosura,
quisiste que á su lado suspirase;
y por mi mál, mi muerte y desventura,
quisiste, en fin, que ciego la adorase.
¡Ah muy tirano amor! ¿por qué no hiciste
que ella quisiera lo que tú quisiste?

DOÑA CLARA.

Y dígame vmd., señor Don Cárlos, ¿ese soneto se escribió con objeto determinado?

DON CARLOS.

Sí señora.

DOÑA CLARA.

Por manera que todo lo que en él se dice es verdad.

DON CARLOS.

No hay duda; pero permítame vmd. que extrañe esas preguntas.

DOÑA CLARA.

Las necesito para juzgar de su mérito; pues segun lo que vmd. nos dice, veo que solo tiene el mérito de la versificacion. Esta ala-

baré tanto como culparé á vmd.; y celebro que Marfisa no le admitiese sus obsequios.

DON CARLOS.

No comprehendo el motivo de esa alegría.

DOÑA CLARA.

Porque hizo vmd. muy mal en olvidar por ella á las que ántes queria; y por otras causas que oirá vmd. en este romance que viene aquí como de molde.

ROMANCE.

Puesto, Fabio, que te quejas
del rigor de mis desvíos,

ántes de llamarme injusta,
escúchame los motivos.
Dícesme que te ha encantado
de mi hermosura el hechizo,
y que no puedes mirarme
sin adorarme rendido.
Muy poco, Fabio, me obligas
con semejante delirio;
si así la beldad te arrastra,
poco hay que contar contigo.
Si hallas otra mas hermosa,
te arrebatará lo mismo;
y por ser leal con ella,
serás desleal conmigo.
Tambien cuentas que dexaste
á las que ántes has querido;
y quieres que tus traiciones

recompense por servicios.
Muy necio eres, pues no adviertes
que me avisas del peligro;
amor que en traicion empieza,
no puede ser amor fino.
Por capricho las dexaste,
y me quieres por capricho,
y con igual fundamento
harás conmigo lo mismo.
Si por otro te dexara,
te creyeras ofendido:
y juzgas que en tí sea gracia
lo que en mí fuera delito.
Vuelve, Fabio, á tus amores,
y no pretendas los mios;
pues yo no quiero creer
á quien á otras ha mentido.

DON CARLOS.

Dice vmd. muy bien; pero tal es el amor, que en él casi todo es delito.

Entónces pareciéndome que estaba desayrado si no decia alguna cosa, dixe: para que vean vmds. quan mal vicho es el amor, oigan este soneto, pues razon será que desempeñe mi parte.

SONETO.

Soñé una vez que la pastora mia
premió el honesto amor en que me abraso:
desperté, me reí, y no hice caso:
¿y qué habia de inferir? un sueño es sueño.

Volví á dormirme, y vila que con ceño
culpó las penas que por ella paso,
y que premiando á mi rival Eraso,
mandó cesáse mi amoroso empeño.
Desperté; pero entónces, ¡ah cuitado!
no como un sueño, qual la vez primera
mi sueño reputé, sino apenado,
tuvele á anuncio de desgracia fiera;
porque amor es tirano tan terrible,
que imposible hace el bien, el mal posible.

DON FERNANDO.

No hay duda que el amor es muy malo; pero aquí se verifica, quien habla mal de la breva, ese la lleva. Todos le culpamos, y todos le seguimos.

DON CARLOS.

Cruel necesidad es esa, y por lo mismo no hay que hacer sino mirar bien en quien se pone el cariño.

DOÑA CLARA.

Bueno es eso; pero cuidado no le suceda á vmd. lo que dice esta

FÁBULA (1).

Quiso Lisardo ofrecer
un ramillete á Leonor;
pero no hallaba una flor

(1) Esta y las demas fábulas que aquí van se hallan en una comedia mia titulada el Esopo moderno: y como

que digna pudiera ser.
Las rosas, al parecer,
eran flores muy preciosas;
pero á las manos hermosas
de Leonor dañar podrian
con los pinchos que tenian,
y asi despreció las rosas.
Buenos los claveles eran;
pero por su olor subido,
y que al clavo es parecido
á Leonor dañar pudieran.
Los alelíes tuvieran
lugar en su estimacion;

esta pieza no ha de imprimirse, he querido poner aquí las fábulas que tanto aplauso tuviéron en el teatro.

pero muy comunes son,
y Lisardo no queria
dar las flores que podia
coger en qualquier balcon.
Las azucenas tal qual
por la belleza que obstentan,
pero el polvillo que sueltan
dicen que es perjudicial.
El jacinto es natural
que fuera el privilegiado;
mas Leonor habia causado
á un tal Jacinto desvelos,
y fuera renovar zelos
nombrarla su enamorado.
En fin, por no molestaros,
no halló Lisardo una flor
en que no viese un primor,

y tambien muchos reparos.
En estos caprichos raros
muchos dias consumió;
la primavera pasó,
y aunque resolvió por fin,
quando acudió á su jardin,
ninguna flor encontró,
Pensando así regalar
á su querida Leonor
la mas exquisita flor,
ninguna la pudo dar.
Si tratase de aplicar
aqueste simil, diria
que quien tiene tal porfia,
hace mal; y en cierto modo,
justo es que lo pierda todo
quien todo lo apetecia.

ASTRÓLOGO.

La fábula es excelente; pero ántes de que pasemos adelante el señor Don Severo no ha hecho mas que ponernos á todos en el empeño, y luego nos ha desamparado. Razon será que diga tambien algunos versos.

DON SEVERO.

Dificil hubiera sido que vmd. me convenciese á decir algunos, á no ser porque ya esta señora me ha abierto el camino con su graciosa y oportuna fábula. Mi carácter y mi edad no me permiten entretenerme en escribir versos amorosos; y así, ya que he de decir algunos,

será una fabula, quizás no tan oportuna como la que acabamos de oir, y ciertamente no tan buena. De qualquier modo que sea, es esta.

El Borrico y el Jardinero.

FÁBULA.

Como hay hombres que parecen
borricos, se hallan jumentos
que tienen, como los hombres,
su poquito de talento.
Así sucedió á un borrico
que servia á un jardinero;
pues el buen animalito,
en su pesebre sujeto,

meditaba por las noches,
á sus solas, los encuentros
que por las calles tenia.
Una noche que el silencio
de su quadra le brindaba
á filosofar, muy hecho
de sabio, decia: ¡oh mundo!
¡qué inconstantes y qué necios
son los hombres de esta tierra!
Me salian al encuentro
esta mañana las gentes,
diciéndome mil requiebros.
Uno exclamaba, si tu amo
se descuidase, por cierto
que te llevara á mi casa:
otro gritaba, ¡qué bello
animalito! trás él

me anduviera un dia entero.
Las damas mas melindrosas
se asian de mi pescuezo,
y ni aun andar me dexaban.
Ciertamente iba contento
al ver quanto me querian;
mas todo mudó de aspecto
quando dí la vuelta á casa.
Maldito sea el jumento
y quien le arrea, decian;
pícale, que se hace el lerdo;
no sé como se consiente
que atraviesen por el pueblo
las bestias á tales horas.
Mi buen amo, oyendo esto,
se apresuró á traerme á casa,
dándome algunos recuerdos

con la vara. Como soy
borrico de honor, que pierdo
el juicio con tales cosas.
¿No soy yo el borrico mesmo
á quien ántes aplaudian?
¿pues de qué nació el desprecio
que luego me hiciéron todos?
Oyendo esto el jardinero,
que á la puerta de la quadra
estaba tomando el fresco,
le dixo así: pobre bruto,
presumido de discreto,
si vas cargado de rosas,
y vuelves lleno de estiercol,
¿qué extrañas si oyes al paso
elogios y vituperios?
El borrico, como dicen,

cayó de su burro, oyendo
la reflexion de su amo.
Yo respondiera esto mesmo
á algunos hombres que extrañan
ver mudados en desprecios
los que ántes eran aplausos;
la culpa solo esta en ellos:
lleven siempre buenas flores,
y no escucharán dicterios.

ASTRÓLOGO.

Perfectamente ha desempeñado vmd. su parte, y pues tratamos de moralizar, quiero decir otra fabulilla, valga por lo que valiese.

DON FERNANDO.

Dígala vmd. enhorabuena; pues

siempre valdrá mucho para nosotros si es que nos divierte.

ASTRÓLOGO.

Con esa licencia, ya me es preciso decirla.

La Encina y las Bellotas.

FÁBULA.

Una encina presumida,
al mirarse tan hermosa,
tan derecha y elevada,
y llena de verdes hojas,
decia: ¡qué desventura
que este brillo y esta pompa
haya tenido principio

en una humilde bellota!
Juega el viento con mis ramas,
el hombre busca mi sombra,
las aves en mí se anidan,
de todos soy protectora.
Pero mi madre infeliz
es una fruta tan tosca,
que solo el inmundo cerdo
la apetece por sabrosa.
Ciertamente que mi madre
me afrenta mas que me honra;
¡oxalá nadie supiese
que descendo de bellotas!
Oyó su madre estas voces,
y la dixo vanidosa,
¿de qué te sirve que ocultes
que de mí nació tu pompa?

Esas ramas que presumes,
esas hojas que blasonas,
al fin vendrán á parar
en llenarse de bellotas.
Una te ha dado principio,
pero muchas te coronan;
porque lo que es natural
se oculta, mas no se borra.
Hombre, que por verte sabio,
muger, que por verte hermosa,
no conoceis que sois tierra,
yo os respondiera igual cosa.
La encina mas corpulenta,
mas elevada y pomposa,
de una bellota ha nacido,
y pára en otra bellota.
De la tierra habeis nacido,

y vuestra frente orgullosa,
con la tierra ha de cubrirse
en medio de tanta pompa.
Moderad vuestro amor propio,
y gravad en la memoria,
que la mas hermosa encina
fué bellota y da bellotas.

DOÑA CLARA.

Las palabras y los pensamientos son como las cerezas, que de una se asen muchas; y así, sin pensar, se saca un puñado quando no se queria tener sino una sola. Dígolo porque la fábula de la encina me ha hecho acordar de otra. Pero ántes de decirla

quiero advertir á vmds. que mi capricho ha sido siempre escribir lo contrario de lo que comunmente se piensa. Ya lo habrán vmds. notado en todos los versos que me han oido; y así mi fábula se reduce á probar que nadie puede conocer mejor sus defectos que uno mismo, á pesar de aquel refran que dice: *vemos la mota en el ojo ageno*, &c. y aun tambien contra aquella otra fábula que comienza: *en una alforja al hombro llevo los vicios.* En esta inteligencia oigan vmds., y vean si tengo razon.

Los Viageros y la Oruga.

FÁBULA.

Pasaban por un monte dos viageros,
y encontráron un árbol tan frondoso,
que con ser aquel sitio delicioso,
no hubo otro igual en todos sus senderos.
Rodeábanle tomillos y romeros,
y entre ellos descollaba magestuoso,
como diciendo altivo y presuntuoso,
mi sombra os doy, gozadla pasageros.
Absortos los viajantes, contemplaban
su grueso tronco, su terrible altura;
pero miéntras acordes exclamaban,
nada le falta, todo es hormosura,
una oruga que en él se mantenia,

de estos necios elogios se reia.
Díxoles pues así: quien os oyera
juzgaria que este árbol es perfecto;
no hay en el mundo cosa sin defecto,
y este los tiene mas que yo quisiera.
Su fruta es mala, débil su madera,
pues de los años siente ya el efecto,
y si hermoso le veis y yo imperfecto,
es porque dentro estoy, vosotros fuera.
Vive Dios que la oruga fué discreta,
y que dixo muy bien en lo que dixo.
Aplíquese cada uno la receta,
y exâmínese mucho, pues es fixo
que si el exámen se hace con cuidado,
verá defectos que otros no han notado.

DON SEVERO.

No hay duda, que si el amor propio no nos ciega, nadie puede mejor saber lo que vale que uno mismo; pues el ladron doméstico conoce muy bien los rincones de la casa. Pero á todo esto, nuestra academia se prolonga: probablemente nos separarémos muy pronto; y Van-Tseé oyó una tragedia quando estaba en Pekin, la qual quisiéramos tambien oir nosotros, pues así se nos tiene prometido.

DON FERNANDO.

En prueba de que no me he olvidado de mi promesa, vean vmds. aquí la copia que les dixe conser-

vaba; voy á leerla; pero en el bien entendido que no leeré toda la tragedia sino uno ó dos actos; pues estos bastan para que vmds. formen juicio del gusto de los chinos en quanto al teatro.

DON SEVERO.

¿Y por qué no nos la quiere vmd. leer toda? tan larga es que no hemos de tener tiempo para oirla.

DON FERNANDO.

No es muy corta; pero no es este el motivo porque suprimiré los últimos actos. Los chinos no tienen el mejor gusto en este punto; y así su tragedia es molesta para un europeo, y solo tiene el mérito

de ser traduccion exâcta de la que allá se representa. Oyéndola toda es sumamente molesta; la sencillez de aquella nacion ya toca en grosera ignorancia, y sus tragedias se resienten de este defecto. Uno ó dos actos pueden gustar por la novedad, cinco fastidiarán, y así voy á comenzar mi lectura.

TCHAO-CHI-COU-ELL.

(ESTO ES)

EL HUERFANITO DE LA FAMILIA DE TCHAO.

Tragedia china, traducida literalmente del chino al frances, y de este al castellano.

PERSONAS.

TOU NGAN COU.
TCHAO SO.
LA PRINCESA, su esposa.
TCHIN POEY, su hijo.
TCHIN YNG, médico.
HAN KOUE, segundo general.
CONG LUN, antiguo amigo de *TCHAO SO.*
OVEY, mandarin del primer órden.
Soldados y criados.

SIÉ TSEE, Ó PRÓLOGO.

ESCENA PRIMERA.

TOU NGAN COU.

El hombre no piensa en hacer mal al tigre; pero este solo medita hacerle daño: el que no se contenta á tiempo, se arrepiente. Yo soy *Tou ngan con*, primer ministro de la guerra en el reyno de *Tsin*. El Rey *Ling cong* mi amo tenia dos hombres á quienes se confiaba sin reserva; el uno

para gobernar al pueblo, que es *Tchao tun*, y el otro para mandar el exército, que soy yo. Nuestros cargos nos hiciéron enemigos: siempre tuve gana de perder á mi enemigo; pero jamas pude verificarlo. *Tchao so*, hijo de *Tun*, habia mandado á un asesino que tomase un puñal, y escalando la muralla del palacio de *Tun*, le matase. Este desgraciado, al ir á executar mis órdenes, se cayó y estrelló contra un árbol.

Un dia salió *Tchao tun* para animar sus labradores al trabajo, y se halló un hombre casi muerto de hambre, le hizo comer y beber

quanto quiso, y le salvó la vida. En este tiempo un Rey de occidente presentó á mi amo un perro muy feróz, llamado *Chin ngao*. El Rey me le dió, y yo formé el designio de que me sirviese para matar á *Tchao*. Encerré á mi perro en un quarto, sin permitirle comer ni beber en cinco dias. Yo habia preparado en mi jardin un hombre de paja vestido como vestia *Thao* y de su misma talla, y habiendo puesto en su viéntre una porcion de carne, saqué á mi perro, le enseñé la carne, la volví á meter en el vientre del hombre de paja, y solté al perro, quien

en un instante despedazó la figura de *Tchao*, y devoró la carne que ocultaba en su vientre. Le volví á su prision, y teniéndole otros tantos dias sin comer, le saqué para repetir la experiencia. Lo mismo hice por espacio de cien dias, al cabo de los quales me presenté al Rey y le dixe: Príncipe, aquí hay un traidor que tiene malos designios contra vuestra vida. El Rey preguntó al instante quién era el traidor. El perro, respondí yo, le conoce. El Rey mostró una extremada alegría, y dixo: en otro tiempo se vió en los reynados de *Tao*, y de *Chun* un carnero que tenia

igualmente al instinto de conocer á los delinqüentes, ¿seré yo tan desdichoso que vea en mi reynado una cosa semejante? ¿Dónde está ese perro maravilloso? Al instante yo le conduxe á la presencia del Rey. A su lado estaba *Tchao* con sus vestidos ordinarios, y luego que *Chingao* le vió, se puso á ladrar. El Rey me mandó que le soltase diciendo *Tchao-tun*, no será el traidor. El perro comenzó á perseguir á Tchao que huia por todos los rincones de la sala imperial. Mi perro tuvo la desgracia de disgustar á un mandarin de guerra, quien le mató. Tchao salió del

palacio, y quiso salvarse huyendo en su carro con quatro caballos que tenia á la puerta *de palacio*: yo le habia hecho quitar dos, y romper una de las ruedas; pero se halló un jóven valiente, que sosteniendo con su espalda el carro, y arreando los caballos, salvó á Tchao y le llevó á las montañas ¿Quién era este jóven? El mismo que Tchao tuu habia librado de la muerte.

Yo permanecí al lado del Rey, y le dixe lo que iba á hacer en su servicio: al instante hice degollar todos los individuos de la familia de Tchao, y sus criados, que eran trescientas personas. Solo

queda *Tchao so* con la princesa su esposa; pero como yo creo que para evitar que una planta retoñe, es preciso arrancar hasta la raiz mas pequeña, y como no conviene que *Tchao so* muera en público, porque es yerno del Rey, he supuesto una órden de este, y enviado á Tchao so tres cosas, que son, un dogal, un vino envenenado, y un puñal; no dexándole sino la libertad de elegir entre ellas. Mis órdenes serán prontamente obedecidas, y espero la respuesta. *vase.*

ESCENA II.

Tchao so, y la Princesa su esposa.

TCHAO SO.

Yo soy Tchao so. He pensado que Tou ngan cou, llevado de los zelos que tienen siempre los mandarines de armas á los mandarines de letras, fué quien engañó al Rey, y le obligó á mandar matar á toda mi familia en número de trescientas personas. Princesa, escuchad las últimas palabras de vuestro esposo. Yo sé que estais en cin-

ta. Si dais á luz una hija, nada tengo que deciros; pero si es varon, yo le doy su nombre ántes de su nacimiento, y quiero que se llame el *huérfano de Tchao*. Criadle con cuidado para que vengue un dia á sus parientes.

LA PRINCESA.

¡Ah! vos causais mucha pena á mi corazon.

Un criado del Rey sale, y dice.

Yo traigo de órden del Rey un dogal, un veneno y un puñal, y tengo órden de poner estas cosas en mano de su yerno. El puede escoger la que quiera; despues de su muerte tengo órden de encerrar á

la princesa su esposa en su palacio. La órden dice que no se difiera ni un instante. Ya he llegado.

Se arrima á Tchao, y le dice. Tchao so, escuchad de rodillas la órden del Rey.

Lee. "Porque vuestra familia ha delinquido contra mi persona, he hecho castigar á quantos la componen. Solo quedais vos; pero reflexionando que sois mi yerno, no quiero haceros morir en público. Ved ahí tres presentes que os envio: elegid uno."

Representa La órden dice además que se encierre á vuestra esposa en su palacio, y que no se la

permita salir de él; pues se quiere que el nombre de Tchao, sea extinguido enteramente. La órden del Rey no da treguas. Tchao so: obedeced, quitaos prontamente la vida.

Tchao so y su esposa cantan.

TCHAO SO.

¡Ah princesa! ¿qué puedo yo hacer en tal desgracia?

PRINCESA.

¡Oh cielo! tened piedad de nosotros. Se ha hecho degollar á toda nuestra familia. Estos inocentes han quedado sin sepultura

TCHAO SO.

Yo no tendré tampoco sepultura lo mismo que ellos. Princesa, acor-

daos de lo que os he encargado.

PRINCESA.

Yo no lo olvidaré nunca.

Tchao repite cantando los avisos que le dió á su esposa, y se mata con el puñal.

PRINCESA.

¡Ah esposo mio! yo muero de dolor y rabia. *vase.*

CRIADO.

Tchao se ha cortado el cuello, ya no existe. La princesa queda encerrada. Es preciso que vaya á dar cuenta de mi comision.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

TOU NGAN COU *y sus criados.*

Yo temo que si la esposa de Tchao da á luz un hijo, este en creciendo será mi cruel enemigo, y por eso la detengo en prision en su palacio. Ya es de noche. ¿Cómo mi enviado tarda tanto? yo no le veo volver.

Un soldado sale, y dice.

La princesa ha parido un niño, que se llama el huérfano de la casa de Tchao.

TOU NGAN.

¿Es eso verdad? ¿Qué ese aborto se llama el huérfano de la casa de Tchao? Dexemos pasar un mes: yo tendré bastante tiempo para librarme de un niño huérfano. Llevad mis órdenes á *Han Koué*, que vaya á guardar la entrada del palacio donde habita la viuda de Tchao; y que registre á todo el que salga. Si alguno es tan temerario que se atreva á ocultar al hijo de Tchao, yo le haré morir á él y á toda su fa-

milia. Que se publique esta órden por todas partes, y que se advierta á los mandarines, inferiores, que si alguno vá contra ella será culpable del mismo crímen. *vase.*

ESCENA II.

La PRINCESA *con su hijo en brazos.*

Parece que los males de todos los hombres se encierran en mi corazon. Yo soy la hija del Rey Tsin. El traidor Tou ngan cou ha hecho morir á toda mi familia: ya no queda mas que este pobre huérfano que traigo en mis brazos. Yo

me acuerdo que su padre me dixo... (*repite cantando los consejos de su esposo*).

Representa. ¡Oh cielos! decidmé el modo de sacar á mi hijo de esta prision. No tengo en el dia ningun pariente sino *Tchíng yng*, el gefe de la familia de mi esposo. Por fortuna no se halló su nombre en la lista de los que muriéron. Esperemos á que venga, y yo le confiaré el secreto.

ESCENA III.

La PRINCESA *y* TCHING YNG *con su caxa de medicamentos.*

TCHING.

Yo me llamo Tching yng. Soy Médico, y el yerno del Rey hacia conmigo unos favores que no hacia con ninguno. Ese traidor Tou ngan cou ha hecho morir á todos mis parientes. Por fortuna se olvidó de mi nombre en aquella lista. La princesa está encerrada en su palacio, y yo la traigo todos los dias

la comida. Yo sé que llama á su hijo el huerfano de la casa de Tchao, y que quiere criarle con la esperanza de que vengue á sus parientes. Me ha enviado á llamar, he venido, y ya he llegado á la puerta de su palacio; no es menester que entren recado de que estoy aquí, si no que en derechura entro, y la saludo. Señora, vos me habeis hecho llamar ¿qué me quereis?

PRINCESA.

¡Ay! nuestra casa ha sido destruida: Tching yng; yo os he hecho llamar: este es el motivo. Yo he parido un hijo; su padre, estando

á la muerte (1), le dió el nombre de la casa de Tchao; nosotros siempre os hemos estimado: ¿no habrá un medio de sacar de aquí á mi hijo para que algun dia vengue á su familia.

TCHING.

Señora, yo veo que todavia os falta mucho que saber. El traidor ha sabido que habiais parido un niño, y ha hecho publicar por todas partes que si alguno le oculta, morirá él y toda su familia. ¿Sabien-

(1) *Estando á la muerte*, es decir, cercano á ella. Los chinos parece usan mucho esta frase en este sentido.

do esto ¿quién se expondrá á salvarle?

PRINCESA.

Tching yng, se dice comunmente que quando uno necesita un pronto socorro, se piensa en los parientes, y en la necesidad se acuerda uno de los antiguos amigos. Si vos salvais á nuestra casa, tendrá en él un heredero.

De rodillas. Tching yng tened compasion de mí; las trescientas personas que ha degollado Tou ngan estan en este huérfano.

TCHING.

Señora, levantaos; si yo oculto á mi pequeño amo, el traidor os pre-

Su madre muere lo mismo.

guntará, ¿dónde está vuestro hijo; y vos le direis yo se lo he entregado á Tching yng; entonces yo y toda mi familia pereceremos, y vuestro hijo no se librará tampoco.

PRINCESA.

Ya me determino, Tching: no os espanteis: escuchadme, y ved mis lágrimas. Su padre murió con un puñal. Su madre muere lo mismo.

Se da de puñaladas, y muere.

TCHING.

Yo no creí que la princesa se matase. Yo no me atrevo á quedarme aquí ni un instante. Abramos mi arca de remedios, metá-

mos dentro al pequeño príncipe, y cubrámosle con algunos manojos de yerbas medicinales. ¡Oh cielos, tened piedad de nosotros! Toda la casa de Tchao ha perecido: solo queda este huerfanito: si pudiese yo salvarle, tendria mucha fortuna, y contraeria un singular mérito; pero si soy descubierto, moriré yo y toda mi casa. ¡Oh Tchyng, piensa un poco: si tú quieres salvar á este huérfano, es preciso que escapes de los brazos de Tou ngan, y pretender, esto es, querer librarse del cielo y la tierra. *vase,*

ESCENA V.

HAN KOUÉ *y soldados.*

Yo soy Han Kouĕ, general, bajo el mando de Tou ngan cou: él me ha mandado que guarde el palacio de la viuda de Tchao; ¿y por qué? porque esta princesa ha tenido un hijo. El teme que le roben este niño, y quiere que yo se le guarde. Si alguno le roba, perderá la cabeza él, yo toda su familia: y qué *Tou ngan cou*, ¿será bueno que tú hagas morir por tu gusto los mejores vasallos del Rey?

Canta. Las casas de Tchao y de Tou tienen un odio que no se puede extinguir. ¡O Tou ngan cou, qué aborrecible erès! teme los castigos del cielo.

Representa. Yo mando que si alguno quiere salir del palacio, me aviseis.

SOLDADOS.

Lo cumplirémos.

ESCENA VI.

Los mismos y TCHING YNG.

HAN.

Detened á ese hombre, que pa-

rece médico. Ven acá, quién eres tú?

TCHING.

Soy médico, y me llamo Tching yng.

HAN.

¿De dónde vienes? ¿y adónde vas?

TCHING.

Vengo de ver á la princesa, y administrarla unas medicinas.

HAN.

¿Quáles han sido?

TCHING.

Las que se dan comunmente á las paridas.

HAN.

¿Qué llevas en esa caxa?

TCHING.

Va llena de remedios.

HAN.

¿Y no hay otra cosa?

TCHING.

Nada mas.

HAN.

Pues si es eso, sigue tu camino.

Se va á ir.

Tching yng, vuelve, y dime qué hay en tu cofre.

TCHING.

Remedios.

HAN.

¿Y no mas?

TCHING.

Nada mas.

HAN.

Vete pues. Tching yng, vuelve. Ciertamente que tú ocultas alguna cosa: quando te digo vete, te vas corriendo, y quando te llamo apénas puede mover un paso. ¡Oh Tching yng! ¿crees que no te conozco?

Canta. Tú eres de la casa de Tchao, y yo estoy á las órdenes de Tou ngan cou. Es preciso que tú lleves á ese pequeño Kilin, que apénas tiene un mes. ¡Oh Tching! oye lo que te digo. ¿Como puedes escapar de esta cueva de tigres? ¿No

soy yo segundo general despues de *Tou ngan cou*? ¿Te dexaré yo pasar sin preguntarte nada? ¡Oh Tching yng! yo sé que eres amigo de la casa de Tchao, y que te han hecho muchos favores.

TCHING.

Y pienso pagarlos.

HAN.

Tú dices que piensas pagarlos; pero temo que no puedas. Soldados, retiraos, si yo os digo venid, venid; y si no, no vengais. *vanse los soldados. Han abre el cancioncito, y canta viendo un niño.*

¡Oh Tching yng! decias que que aquí habia remedios, y nos

da mas: mira un hombrecito.

Tching se postrá á sus pies.

Señor, no os indigneis: permitid que os diga la cosa como ha pasado. *Tchao tun* era uno de los mas fieles vasallos del Rey Tou ngan; por envidia le quiso hacer devorar por un perro. Tchao tun se libró, y saliendo del palacio, su carro no podia andar. El valiente Ling se acordó del beneficio de Tchao tun, y le salvó llevándosele á las montañas: no se sabe lo que les ha sucedido. El hijo de *Tchao tun* tuvo órden de matarse. La princesa fué presa en su palacio, tuvo un hijo, y le llamó el huér-

anunciaba nuestro poco gusto. El dueño de casa no tardó en presentarse tambien; pero guardando siempre su silencio acostumbrado, por lo qual Doña Clara movió diferentes conversaciones, y viendo que á ninguna respondia ni tomaba parte en las diversas opiniones de los tertulianes, le dixo francamente quanto extrañábamos todos el silencio que guardaba. No es tanto, señora mia, replicó él, que me haya estorbado algunas veces contestar á aquellas cosas que he creido indispensable. Sin embargo, no niego que me gusta mas escuchar que hablar, y mas quando es tan

bueno lo que tengo que oir, y quizás será tambien porque tengo presente una anécdota que he leido, y que referiré á vmds. si no lo han por enojo. Con muchísimo gusto la oiremos, señor Don Francisco, dixo Don Severo, y él, venciendo su genio corto por naturaleza, habló así.

Todos vmds. tendrán noticia del famoso Zeuxis, pintor tan celebrado, que vive en la memoria de todos, á pesar del mucho tiempo que hace sucedió su muerte. Este, pues, solia ser visitado por muchas personas de la primera distincion que iban á admirar sus obras, y como

suele suceder algunas veces, se propasaban á hablar de lo que no entendian, decidiendo del mérito de ellas, sin tener mas principios para juzgarlas que las reglas de su propio capricho. Esto fué lo que hizo un tal Megabises, persa de lo mas ilustre del reyno, quien apénas entró en el obrador de aquel gran maestro comenzó á querer manifestar las bellezas y los defectos de quantos quadros se le presentaban, sin advertir que lo que únicamente manifestaba era su crasísima ignorancia, y depravado gusto. Los discípulos de Zeuxis, oyendo estos despropósitos, no pudié-

ron ménos de soltar la carcaxada, aunque fuese bastante á contenerles la elevada clase del censor, ni la presencia de Zeuxis; por lo qual, este, apartando á un lado á Megabises, le dixo. —Señor, yo os suplico que no hableis en materia de pintura. Estos muchachos, deslumbrados por la magnificencia de vuestro trage, os tenian el respeto que merece vuestra calidad; pero apénas habeis comenzado á hablar, no pueden disimular el desprecio que les inspira vuestro mal gusto.

Vean vmds. aquí precisamente la razon de mi silencio: he oido

hablar de historia natural, de diferentes costumbres de los pueblos orientales, y últimamente, he escuchado con mucho gusto varias piezas poéticas; y yo, aunque todo ello me gusta, entiendo poquísimo de esas materias: he callado temiendo que el favor que vmds. me dispensan, permitiéndome asistir á su tertulia, no se convierta en desprecio, quando conozcan quán poco digno soy de alternar con sugetos tan instruidos como vmds.

DON SEVERO.

Gracias por el elogio que no merecemos; y porque vea vmd. quan opuestos somos en el modo de pen-

sar; pues vmd. tiene por máxima callar á todo, y nosotros solo nos hemos reunido para hablar; quiero contar á vmd. y á mis compañeros de viage una anécdota que me ha ocurrido, habiendo oido la del ignorante Megabyses; pues aunque quizás no venga muy á propósito, servirá al ménos para probar que el silencio suele hacer milagros; pues da crédito de sabios á los que en realidad son ignorantes.

Los romanos, que no solo quisiéron tener el imperio del mundo, sino tambien (lo que es mas laudable) poseer todo lo bueno que

tenian las demas naciones, supié-ron quán sabias eran las leyes que habia dado Solon al pueblo de Athenas, y así enviáron embaxadores para suplicar á los atenienses que les comunicasen tan buenas leyes, prometiéndose toda felicidad si se gobernaban por tan prudentes reglas. Juntóse el Areopago para determinar el punto; y despues de una larga conferencia, resolvió que se enviase á Roma uno de los sabios de Grecia, á fin de que exâminase si los romanos eran tan sabios que mereciesen ser gobernados por las leyes de Solon; y le diéron órden de que si absolutamen-

te los hallaba indignos de poseer aquel tesoro, no se les diese de ningun modo: pues mas querian exponerse al resentimiento de un enemigo tan poderoso, que no franquear los sabios preceptos de Solon á hombres que no sabian merecerlos. Por mas secreta que fué esta resolucion, no pudo serlo tanto que no llegase á noticia del Senado romano; y aquel respetable cuerpo se halló en el mayor apuro, pues precisamente era en un tiempo en que Roma estaba desprovista de sabios, capaces de hacer frente á un filósofo griego. En esta situacion era preciso imaginar

algun recurso para salir con honor del empeño; y el Senado no encontró mejor arbitrio que el de oponer á aquel sabio de Grecia un loco de Roma, á fin de que si por casualidad quedaba la victoria por el loco fuese mayor el triunfo de Roma, y si era vencido no se menoscabase en nada la fama de la república: resolvióse esto, y á pocos dias ved aquí que se presenta el embaxador de Grecia, le conducen al Capitolio, y le hacen entrar en una sala ricamente adornada, donde habian metido un loco vestido de Senador, y le habian prohibido con las mayores amena-

zas el explicarse sino por señas. Para que fuese completo el engaño, el sabio venia ya prevenido de que el personage con quien iba á tratar era un gravísimo Senador sumamente sabio; pero tan enemigo de malgastar el tiempo, que por lo comun no se explicaba sino por señas; por manera que el ateniense, no queriendo hablar con quien rehusaria responderle, determinó acomodarse al estilo de aquel sabio; y apénas entró en la sala, quando sin hablarle una palabra, le hizo una profunda reverencia, y él enseñó el dedo índice de su mano derecha. El loco

creyó que era señal de que quería sacarle un ojo, y acordándose de que le habian prohibido usar de la lengua, respondió á aquella amenaza enseñándole tres dedos, queriendo hacerle conocer, que si él pensaba sacarle un ojo, el le metería dos dedos en los suyos, y con el tercero le arrancaria la lengua. El filosofo, que al enseñarle su dedo le habia querido dar á entender que no hay mas que un *primer Ser* que gobierna todas las cosas, creyó que el loco le mostraba los tres dedos para decirle que en Dios es una misma cosa lo presente y lo futuro. De aquí con-

cluyo que aquel Senador era un hombre sapientísimo, y para manifestarle que era de la misma opinion, le enseñó toda la mano, como diciéndole que á Dios le son patentes todas las cosas; pero el loco, que en aquel mudo diálogo solo veia una serie de amenazas, creyó que el ateniense le decia que le daria un bofeton, y para demostrarle quán poco se intimidaba, cerró el puño, y se le enseñó para darle á entender que si recibia un bofeton, estaba pronto á corresponder con una puñada. El griego, por el contrario, prevenido ya á favor de su antagonista,

imaginó que por aquella demostracion le decia que Dios tiene en su mano todo el universo, y así no queriendo seguir mas el exámen, decidió que los romanos eran muy sabios, y les entregó las leyes de Solon, hallándolos dignos de poseerlas.

DOÑA CLARA.

Graciosísimo es ese caso; pero con todo, aun me parece mas chistoso el que sucedió al célebre Moliere. Este poeta iba á Auteuil en compañía de otro literato, llamado Chapelle, en un barquichuelo. Como los sabios siempre hablan de materias dignas de ellos,

la conversacion que llevaban era acerca del mérito de Descartes y Gasendo, y como no estuviesen de acuerdo en sus opiniones; tomáron por juez en la disputa á un religioso que iba con ellos, y á quien no habian conocido sino en el punto en que habian entrado en el barco. Que diga el Reverendo padre, exclamó Molliere, si el sistema de Descartes no es muy superior á todo quanto escribió Gasendo para hacernos adoptar los delirios de Epicuro. El religioso respondió con un enfático ¡*oh*! que daba á entender que conocia perfectamente el punto de que se tra-

taba; pero que no queria dar su parecer, por no tomar parte en una disputa tan viva. Pero, padre, repuso Chapelle, que se creyó vencido por la aparente aprobacion del religioso, es preciso que Molliere convenga en que Descartes no imaginó su sistema, si no como un mecánico que traza una bellísima máquina sin pensar en las muchas dificultades que presenta su execucion. El religioso respondió con un segundo ¡*oh*! que parecia decidir á favor de Chapelle. Molliere, disgustado de ver que su rival triunfa, redobló sus esfuerzos, y combatió las opiniones de Ga-

sendo con razones tan poderosas, que el religioso se vio obligado á concederle otro ¡*oh*! que parecia demostrar que aprobaba quanto decia. Chapelle se acaloró, y gritando con todas sus fuerzas, se dirigio á su silencioso juez; le pintó todas las bellezas de Gascendo; y tanto que trastornó la equidad del juez á fuerza de sus exhorbitantes voces; y le obligó á convenir en que era cierto quanto decia, arrancándole otro ¡*oh*! La disputa se acaloró mas y mas, y los dos amigos estaban ya tan roncos, que no podian hablar palabra, quando llegáron á *Bons-Homme*. El te-

ligioso pidió que le pusiesen en tierra, y ántes de salir á ella manifestó quanto admiraba el profundo saber de los dos antogonistas; y como recogiese unas alforjas que habia guardado debaxo de un banco, conociéron todos que era un hermano lego, y los dos filósofos se avergonzáron de haber solicitado la aprobacion de un hombre que quizás no les habria entendido. Miráronse uno á otro sin acertar á hablar palabra, hasta que Molliere, dando una carcaxada, dixo: ved aquí el fruto del silencio quando se sabe usar de él con discrecion.

Confieso que tu anécdota es excelente; pero en el presente caso no está muy bien aplicada, porque el hermano lego hizo muy bien en callar, quando no podia hablar; pero el señor Don Francisco puede, y debe hablar; pues no es tan lego como parece. Dígolo porque ayer quando nuestro compañero Don Cárlos nos dió la mala nueva de que pronto nos separaríamos; pues tenia precision de pasar á Francia, desde donde quizás iria á Roma, dixo este caballero que la Italia era un pais deliciosísimo, y que los tres años que

allí habia residido le habian parecido tres dias. Ademas de eso, comenzó á hablar de alguna de sus antigüedades, y lo hizo de un modo que daba bien á entender que está versado en la historia, y conoce literalmente el pais que ha recorrido.

DON CARLOS.

Así es muy cierto, y pues tiene tantas y tan buenas noticias en este punto, yo me lisonjeo de que tendrá la bondad de comunicarlas, supuesto que en ninguna otra ocasion puede hacerlo con mas utilidad; pues servirán sus conocimientos para instruir á uno que

va á aquellos paises.

DON SEVERO.

Ha dicho vmd. perfectamente; y así, en nombre de todos, suplico al señor Don Francisco nos diga lo que allá observó; con eso vmd. sacará la utilidad que se propone, y aun tambien nosotros tendrémos el gusto de saber lo que ignoramos.

DON FRANCISCO.

Lo haré por complacer á vmds.; pero ántes les diré lo mismo que decia un jóven bastante instruido, pero muy modesto, el qual, viéndose reconvenido de que no hablaba en las tertulias, aunque se to-

casen puntos en que podia dar su parecer, respondió: no hablo porque temo que manifestando lo que sé, vengan luego á preguntarme lo que ignoro.

DON CARLOS.

No tenga vmd. semejante miedo: nosotros nos contentarémos con lo que vmd. nos diga: no tendremos la imprudencia de molestarle con nuevas preguntas en materias que su modestia le impide dar su parecer.

DON FRANCISCO.

Pues si ha de ser así, oigan vmds. lo que puedo decirles.

La Italia es el pais natal, de-

todo lo mas bello, mas sublime, y mas admirable que hay en los tiempos antiguos y modernos; pero mi memoria no me permite referir puntualmente todas las inscripciones que he leido, ni aun quizás todo lo que he visto, y así me ceñiré á dar una corta noticia de los objetos mas particulares, ya sea por su antigüedad, ó ya por su propio mérito.

Los anfiteatros son los que deben tener el primer lugar, por ser unos monumentos donde se apuró la magnificencia de aquellos dueños del orbe. En Roma aun se ven restos muy considerables del que

trigió Vespasiano y acabó Domiciano, en cuya construccion se dice se empleáron doce mil cautivos judíos. A este edificio se le da el nombre de coliseo, y segun el cálculo mas prudente podia contener ochenta mil expectadores sentados con toda comodidad, y veinte mil de pie. La arquitectura de este anfiteatro es sumamente sencilla, y sus proporciones son tan exâctas, que al verle no parece es tan basto como lo es en realidad; pero por desgracia ha sido despojado de muchas columnas y de varios de sus magníficos adornos en diferentes tiempos, y por varias manos. Los

godos y otros bárbaros comenzáron á destruirle, y aun los mismos Pontífices y varios Cardenales contribuyéron á su ruina, aunque con buena intencion. En particular el Cardenal de Farnesio le quitó algunos buenos restos de sus cornisas de mármol, y de varios otros adornos que hizo arrancar á costa de mucho trabajo, y empleó en su palacio.

El anfiteatro de Berona, erigido por el Consul Flaminio, es el que se conserva mas entero de quantos hay en Italia: tiene quarenta y cinco órdenes de gradas circulares, todas de bellísimo mármol

de pie y medio de alto, y de mas de dos pies de ancho, donde se pueden acomodar unas veinte dos mil personas. El motivo de conservarse en tan buen estado este precioso resto de la antigüedad es el cuidado que tienen en repararlo; y últimamente, se han compuesto á costa de los vecinos de aquella ciudad, que se sirven de él para combates de fieras, carreras de caballos, ú otros expectáculos públicos.

Los arcos triunfales de Vespasiano, Septimio, Severo, y Constantino el Hrande existen todavia, algo maltratados; y las ruinas de

los baños, palacios y templos que se ven en diferentes parages, corresponden exâctamente con la alta idea que tenemos de la grandeza romana. El panteon, que al presente es un templo llamado la Rotunda, á causa de su figura circular, está mejor conservado que ninguno de quantos templos antiguos existen. Todavia se ven en él una buena porcion de los nichos donde estaban colocados los ídolos: no tiene todo el templo mas ventana que una abertura circular; pero tan grande que basta á iluminarle perfectamente. El suelo está inclinado desde la circunferencia al cen-

tro, por manera que el agua de las lluvias que entra por la abertura circular que he dicho, corre por un canal que está cubierto con una piedra agugereada. Causa la mayor admiracion ver la columnata que está al frente, y consiste en diez y seis columnas de granito, de treinta y seis pies de altura, sin incluir las basas y capiteles, todas de una sola pieza, y de órden corintio. La entrada interior está adornada de columnas de quarenta y cinco pies de alto, y el arquitrave es de una sola pieza de granito.

Estan aun en pie las columnas

de Traxano y de Antonino, la primera tiene ciento sesenta y seis pies de alto, y la segunda está cubierta de baxos relieves que representan pasages históricos El viagero olvida las irrupciones de los bárbaros del norte quando ve la columna rostral elevada por Duilius en memoria de la primera victoria naval que alcanzáron los romanos sobre los cartagineses; la estatua de la loba, que alacto á Rómulo y Remo, en la qual aun se conservan las señales de la tempestad que refiere Ciceron; las planchas de bronce en que estaban grabadas las leyes de las doce tablas, y otras

muchas antigüedades semejantes que por fortuna aun se conservan intactas, sin contar las muchas medallas y diferentes restos que hay en los gabinetes de los curiosos. En toda la Italia hallará vmd. muchos palacios adornados de bustos y estatuas que fuéron hechas en los siglos de la república, ó en los primeros tiempos del Imperio.

Las vías Apianna, Haminiana y Emiliana, la primera de mas de sesenta leguas, la segunda de quarenta y quatro, y la tercera de diez y seis, estan aun enteras en muchos trozos, y por todo el país se advierten magníficos restos de ca-

sas de campo, puentes, aqüeductos, y otros monumentos semejantes.

Las obras subterráneas no son ménos admirables que las que se ven en la superficie: díganlo las cloacas, y las catacumbas ó depósito de los cadáveres en las cercanías de Nápoles y de Roma. Hace unos treinta y tantos años que un discípulo de pintura descubrió la antigua ciudad de Poestuna ó Posidonía, que aun subsiste en el reyno de Nápoles; los aldeanos de Italia miran con tanta indiferencia todos estos objetos de la antigüedad, que este descubrimiento fué ente-

ramente nuevo para los sabios. Una mina inagotable de curiosidades se ha presentado en las ruinas de Herculano, ciudad situada entre Nápoles y el monte Vesuvio, que en el reynado de Neron fué casi arruinada por un temblor de tierra, y en el de Tito quedó sepultada baxo un torrente de lavas que arrojó el Vesuvio.

En algunos parages fué tanta la cantidad de lava que se depositó quando corria fundida, que llenó los huecos de las calles y de las casas hasta la altura de cincuenta y ocho pies sobre los techos de estas, pero en otros pun-

tos llegó hasta la de ciento diez y seis. Esta lava ha adquirido tal consistencia en el transcurso de los tiempos, que ha costado mucha dificultad romperla y sacarla. Está compuesta de partes betuminosas mezcladas con escorias de substancias minerales y metálicas, y con arenas vitrificadas, formando la reunion de estos cuerpos una masa compacta y pesada. Como han pasado tantos siglos, y han sucedido tantas revoluciones en aquel pais desde la época de la destruccion de esta ciudad, casi se habia olvidado el lugar de su situacion, hasta que el año de 1713, caban-

do en aquel terrreno, se descubrié-ron algunos restos de ella, y se sacáron gran número de antigüe-dades. Interrumpióse la excavacion, hasta que el año de 1736 el Rey de Nápoles envió gente, y mandó cavar perpendicularmente hasta unos ochenta pies, á cuya profundidad, no solo se descubrió la ciudad, sino aun las márgenes del rio que atrave-saba el templo de Júpiter y todo el teatro. En aquel se encontró una estatua de oro con su inscripcion, y en este un carro de bronce do-rado, con dos caballos del mismo metal, é igualmente dorados, cuyo carro estaba colocado sobre la puer-

ta principal del teatro. Tambien se halláron entre las ruinas de esta ciudad una porcion de estatuas, bustos, columnas, manuscritos, muebles y utensilios de varias clases. Sus calles parecia estaban tiradas á cordel, y las casas bien construidas, y la mayor parte uniformes. Parece que el torrente de lava que sepultó la ciudad, no lo hizo con tanta prontitud que no dexase tiempo para que sus habitantes se pusiesen en salvo, llevándose gran parte de sus bienes, pues en las excavaciones que he contado, solo se halláron unos doce esqueletos, y muy poca cantidad

de oro, plata y piedras preciosas.

La ciudad de Pompeya fué destruida por la misma erupcion que arruinó la del Herculano; pero se descubrió quarenta años despues de esta. Ya se ha conseguido limpiar una de sus calles, y algunos edificios aislados: la calle está bien empedrada, y con el mismo género de piedras que ponian en las antiguas vias; y á cada lado tiene una especie de pretil, estrecho, y de pie y medio de alto, el qual servia para la comodidad de los que iban á pie. En su puente aun se distinguen las señales de las ruedas de los carruages Las casas son

pequeñas, pero bien distribuidas; y el estuco que adorna sus paredes es bastante gracioso, y tan duro como el mármol. Algunas de sus salas estan adornadas con quadros, la mayor parte de los quales solo tienen pintado un animal: estan regularmente executados; y lávándolos con un poco de agua, recobran los colores su brillo primitivo. La mayor parte de estas casas estan construidas baxo un mismo plan, tienen á la entrada una piececita que se supone seria la tienda (pues generalmente se cree que esta era una ciudad de comercio) con una ventana á la calle, y una

plazoleta que parece haber estado destinada para enseñar los géneros. En otra parte de la ciudad hay un edificio triangular con una columnata, y este es muy semejante á la *bolsa de Lóndres*, pero mas pequeño. Bastante léjos de este edificio se ve el templo de la Diosa Isis, y en él se halláron las mejores pinturas que se han sacado de esta antigua ciudad. En sus calles se halláron pocos esqueletos; pero muchos dentro de las casas. En una pieza (dice M. Puterland) vimos los esqueletos de diez y siete infelices que estaban encadenados por los pies. Tambien se descubriéron otros

muchos cuerpos, y segun la aptitud en que se les encontró, parece que se esforzaban á ponerse en salvo, quando les cortó el paso el torrente de la lava. . . . . .

En quanto á las curiosidades modernas de Italia, es tan difícil descubrirlas, como lo es enumerar las antiguas. Roma sola contiene trescientas iglesias adornadas de todo lo mas particular que puede presentar la arquitectura, la escultura y la pintura. La iglesia de San Pedro es el monumento mas admirable que se puede ver, y quizás el mejor de quantos han existido; y si se le exâmina con to-

do el rigor del arte, se puede decir que no tiene ningun defecto.

Por mas recomendables que sean las curiosidades de la naturaleza que se ven en Italia, sin embargo, no son tantas como las del arte. El monte Vesuvio á cinco millas de Nápoles (medida de Italia) y el monte Etna en Sicilia, son particulares por el fuego que arrojan. La pendiente del Vesuvio hácia el mar está llena de viñas y árboles frutales, siendo sumamente fértil todo el terreno hasta la misma base del monte. La llanura que le rodea ofrece un pais sumamente vistoso, y el ayre es sano y puro. Los

lados del medio dia y del oeste de la montaña presentan paisages muy diferentes, y estan cubiertos de escorias negras y piedras; lo qual tambien sucede en la cumbre. La altura del Vesuvio está reputada en 3780 pies sobre el nivel del mar, y la existencia de este volcan es tan antigua, que no se tiene noticia de su primera erupcion. Plinio el jóven, que presenció los hechos que escribia, dió una admirable descripcion de los estragos que causó el año de 79, desde cuya época hasta el año de 1631, fuéron mas moderadas sus erupciones, pero entónces hubo una tan

violenta y tan continuada que destruyo muchas millas á la redonda. En 1694 hubo otra no ménos fuerte, y siguió por espacio de un mes. Arrojó con tal violencia las materias encendidas, que llegáron hasta la distancia de treinta millas. Una inmensa cantidad de materiales fundidos, mezclados con otras materias, se esparció, formando como un rio por el espacio de tres millas, y arrastrando todo lo que que halló al paso. En otra erupcion que hubo el año de 1707, se elevó tan gran cantidad de escorias y cenizas, que en Nápoles se padeció la misma obscuridad que

si fuese de noche. En 1767 despidió otra erupcion, que segun se calcula, fué la vigésima séptima desde la que destruyó la ciudad del Herculano en el reynado de Tito. En esta última erupcion cayó tal nublado de cenizas, ó por mejor decir, de escorias sobre las calles de Nápoles, que los que iban por ellas tuviéron que valerse de quita soles ó de otros recursos para librarse de ellas. Llenáronse los balcones de estas materias calcinadas, y aun los vageles que pasaban á veinte leguas de Nápoles se viéron inundados de ellas con gran asombro de los marinos. En los

años de 1766 y 1779 hubo otras erupciones que describe William Hamilton en las transaciones filosóficas; y últimamente, diré á vmds. que algunos viageros modernos han observado que aunque el Vesuvio es un terrible enemigo para todo aquel pais, sin embargo, como en la naturaleza hay pocas cosas que sean tan dañosas que no produzcan ningun bien, este volcan tan furioso no contribuye poco á la extremada fertilidad del terreno que le rodea, mediante el abono que proporciona á las tierras, las partículas sulfurosas y nitrosas que despide, y el calor de sus fuegos

subterráneos: tambien se cree que este volcan abierto (por decirlo así) en actividad es un enemigo menor peligroso para la ciudad de Nápoles, que lo seria si cesasen sus erupciones, y si de los choques internos que entónces habria en sus entrañas resultasen sacudimientos mas terribles.

El monte Etná tiene 10514 pies de altura, y sesenta millas de circunferencia: no está unido á ningun otro; y su figura circular se termina en cono. La parte interior abunda en trigo y en cañas de azucar; la region media tiene muchos bosques, olivares y viñas; y la

parte superior está cubierta de nieve casi todo el año. Sus violentas erupciones le han hecho famoso: la que sucedió el año de 1659 destruyó catorce poblaciones, y despues acá ha habido otras poco ménos funestas, con la circunstancia de que toda erupcion es siempre precedida de un temblor de tierra. En 1693 quedó destruida la ciudad marítima, llamada Catana, pereciendo en ella diez y ocho mil personas.

Entre los lagos de Agnano y de Pouzzoles hay un valle llamado la *Solfatara*, porque continuamente arroja una terrible cantidad

de azufre despedida por la violencia de los fuegos subterráneos. Tambien es particular por los venenosos vapores que exhala la gruta llamada del perro, cuyo nombre ha tomado porque mueren irremediablemente quantos perros se detienen en ella un corto rato.

DOÑA CLARA.

Perdone vmd. si le interrumpo para preguntarle si los perros son los que únicamente experimentan los malos efectos de esa cueva.

DON FRANCISCO.

No señora, lo mismo deben padecer todos los animales que son de su talla: pero como los pobres

perros son los que mas acompañan al hombre, ha habido mayor proporcion de observar en ellos este fenómeno.

DOÑA CLARA.

¿Pero los hombres entran impunemente en ella?

DON FRANCISCO.

Sí señora, entran y salen sin la menor novedad; pero no lo contarian por gracia si se empeñasen en mantenerse echados por tierra, ó en otra situacion, de modo que tuviesen la boca colocada á la altura en que regularmente la tienen los perros.

DOÑA CLARA.

¿Y se sabe el motivo de esa diferencia?

DON FRANCISCO.

Haré lo que pueda por explicarme. No hay duda en que este fenómeno depende de un gas mortífero ó venenoso que hay en aquel parage, y siempre esta clase de gases tiene mas gravedad específica que el ayre vital, es decir, que siempre anda, como dicen, á flor de tierra, de aquí es que los animales que tienen sus bocas y narices en la atmósfera de este gas le inspiran y experimentan sus malos efectos; pero los que por fortuna

no respiran dentro de la jurisdiccion de este enemigo, no tienen que temer ninguna alteracion en su salud.

DON SEVERO.

Segun eso, si el perro que entra en esa cueva es bastante corpulento para llevar su cabeza á una buena altura, se libraria de la suerte comun que amenaza á los de su especie.

DON FRANCISCO.

No hay duda ninguna.

DON CARLOS.

De aquí infiero yo que para arrojar de una pieza el ayre infestado, es preciso proporcionarle la

salida haciendo agujero en lo mas baxo de la sala.

DON FRANCISCO.

Ha dicho vmd. muy bien; y por aquí puede vmd. conocer quán inútiles serán las grandes ventanas que por lo regular se hacen en los hospitales, y que todas estan encaramadas sobre las camas de los enfermos. Si la sala no tiene mas ventilacion que esta, se puede asegurar que el ayre que se renueve será el bueno y saludable; pero el perjudicial, y el cargado de miasmas y demas partículas nocivas como mas pesado, siempre se quedará junto al suelo, y permanecerá dañando.

DON FERNANDO.

¡Quánta utilidad ha traido la buena química para todos los ramos de la vida!

DON FRANCISCO.

Y añada vmd. quantas preocupaciones ha desterrado.

DOÑA CLARA.

Sin salir del punto presente se conoce muy bien ese beneficio. La particularidad de esa cueva del perro pasaria en la antigüedad como una especie de encantamiento.

DON SEVERO.

Es muy regular que así sucediese; y luego, como el miedo sabe abultar las cosas, con ménos

fundamento que el de esa cueva bastaba para fingir que en ella habitaba un genio enemigo de los perros, ó un duende que hacia tantos estragos.

DON FERNANDO.

Ahora que se habla de duendes, voy á contar á vmds. una graciosa historia que he leido en un periódico frances.

Un muchacho que vendia por las calles de Lóndres ciertos géneros de confitura, fué con su padre hasta la aldea de Holy-well-wake, y se paráron en una taberna, de la qual el hijo salió mas cuerdo que el padre. Quando vol-

vian á Lóndres se les hizo noche en el camino, y á poco rato vié-ron venir varios labradores suma-mente asustados, porque se les ha-bia aparecido una alma en pena en un hondo que habia á poca dis-tancia de aquel sitio. Precisamen-te algunos dias ántes habian ase-sinado en aquel parage á un hom-bre, y esta circunstancia dió mo-tivo á que de comun acuerdo de-cidiesen que el alma del difunto era la que andaba de paseo al re-dedor del sitio donde la habia su-cedido aquella desgracia. Por for-tuna nuestro muchacho se precia-ba de valiente, y se alegró de ha-

llar ocasion de manifestarlo. Reanimó aquella tropa de tímidos aldeanos, y ofreciéndolos marchar á su frente los instó para que volviesen al parage donde habian visto la alma en pena. Las señas que daban de este espíritu eran las de un gigante sumamente gordo, con solo un brazo; pero tan monstruoso, que de una manotada podria deshacer un exército: ¿y quál fué la sorpresa de nuestro valentón quando llegando al sitio de la aparicion divisó clara y distintamente un bulto gigantesco con figura humana, y que meneaba de quando en quando su brazo como amena-

zando á los curiosos que se acercaban; sin embargo, un árbol seco era lo que causaba esta vision, y su temible brazo no era otra cosa que la única rama que le había quedado.

DON CARLOS.

Mucho mas graciosa es otra historia que se cuenta como sucedida en un hospital de locos. Había en él una muchacha cuya demencia era dudosa: no hacia daño á nadie, y en la casa pasaba como un medio término entre loca y cuerda, si bien eran mas los que la tenian por esto, que los que la juzgaban demente. Su principal

manía era el odio que tenia á su cama; jamas se conseguia que se acostase sino á fuerza de ruegos y amenazas, y apénas podia se escapaba y se iba á un establo. Dos criados de la casa intentáron curarla haciéndola que cobrase miedo á aquel parage, y con esta intencion el uno se envolvió en una sábana, y se escondió en el mismo sitio donde ella acostumbraba pasar la noche, y el otro quedó en observacion. A poco rato, he aquí que llega nuestra loca, junta una porcion de paja, y se recuesta tranquilamente. El establo estaba alumbrado por un farol que de

intento habian dexado á fin de que ella pudiese ver la fantasma que la hacia compañía. Inmediatamente el criado, muy envuelto en su sábana, sale de su escondite, y comienza á pasearse gravemente; pero la loca no manifestó ningun temor, sino que se contentó con decir: ¡*ola, ola, esta noche viene un diablo blanco*! como si extrañara ver un diablo de este color. Poco despues dixo: vaya, tambien viene otro diablo negro. El criado, oyendo esto, creyó que efectivamente habia venido un verdadero diablo, y comenzó á correr con todas sus fuerzas, miéntras tanto ella, dan-

dó palmadas decia, cógele, cógele, ahí le tienes; y el pobre criado, no dudándose ya entre las garras del diablo negro, llegó á su quarto tan asustado, que á poco rato le sobrevino un accidente, del que estuvo á pique de perder la vida.

ASTRÓLOGO.

Cara le estuvo la burla al buen hombre; y por ese lance se puede advertir quanto imperio tiene el miedo sobre la economía animal.

DOÑA CLARA.

Entre todas las historias de miedos y espantos que se pueden contar, me parece que debe tener un lugar privilegiado la que voy á re-

ferir á vmds., advirtiéndoles primero que la he leido como un suceso positivo.

Volvian á Oxford (en Inglaterra) desde una aldea dos jóvenes muy amigos, y que habiendo ido allí á una cita amorosa, y teniendo precision de estar en su casa á una hora determinada, no quisiéron aguardarse á que se les proporcionase carruage ni caballos; y fiados en sus buenos pies, y en las fuerzas de la juventud, emprendiéron el viage á pie. Quizás era esta la primera vez que habian caminado de este modo, y así les sucedió lo que era muy natu-

ral les sucediese que fué, no solo calcular mal la duracion de su viage, sino tambien extraviarse del verdadero camino.

Hallábanse entre unas peñas, quando les cogió la noche, y como por lo comun se reunen todas las circunstancias malas quando comienza á dirigirse mal un negocio, sobrevino una furiosa tempestad, y tal que por si sola bastara á amedrentar nuestros viageros, si ya ellos no hubiesen estado bastante atemorizados á vista de los peligros que les amenazaban. La idea de que podian despeñarse entre aquellos peñascos, el temor de caer

en alguno de los muchos torrentes que oían, sin poder atinar donde estaban, y la posibilidad de dar en manos de algunos vandidos, todo se les presentaba á su afligido espíritu, y de todos modos creian que era llegado el fin de su existencia. Culpaban su locura en haber hecho aquel viage, y mas culpaban su poca paciencia; pues si hubieran aguardado algunas horas mas, quizás hubieran tenido proporcion de volver bien acompañados. Miéntras tanto la lluvia crecia, los truenos no cesaban, y por colmo de desdichas uno de nuestros jóvenes, deslumbrado con la

repentina luz de un relámpago, cayó entre dos peñas sin poderse valer. El tergible trueno que sucedió al funesto relámpago, impidió que su compañero oyese los gritos que el otro le daba, y prosiguió trepando por las peñas, hasta que advirtiendo que no escuchaba la voz de su compañero, le llamó por su nombre. Repetidas veces lo hizo pero ninguna respuesta oyó, por lo qual gritando quanto pudo, al fin el otro le respondió desde una hondonada donde habia caido, y de la qual no se atrevia á moverse, temiendo dar en mayor precipicio. Alentado él al oir la voz de

su amigo le dixo que prosiguiese llamándole, pensando que le seria fácil baxar donde estaba, guiándose por el sonido de la voz: probó á hacerlo de diversos modos; pero todos le saliéron inútiles, y sin duda hubiera trabajado en vano toda la noche, á no ser porque la casualidad le proporcionó el camino, aunque muy á costa suya, pues resvalándose cayó tambien, y se halló repentinamente en la misma hondonada donde estaba su afligido compañero. Ambos se hallaban bastante estropeados; pero el peligro de mayores daños no les permitió pensar en el golpe, y ade-

mas el gusto de verse reunidos les hizo concebir algunas esperanzas. Comenzáron á preguntarse mútuamente qual era el sitio donde estaban; pero como ambos lo ignoraban igualmente, sus respuestas no hiciéron mas que renovar sus antiguos temores. Dudaban si habian caido en un valle, ó si desde una peña mas alta, se habian precipitado sobre otra que quizás estuviese cercada de algun arroyo caudaloso; y temian moverse por no caer en donde no pudiesen salir. Quedarse en aquel sitio hasta que viniese la mañana era á lo que mas se inclinaban; pero como apénas

habrian pasado dos horas desde que les anocheció, calculaban que respecto al mucho tiempo que faltaba hasta el dia, seria imposible resistir la humedad en que se hallaban. En efecto, estaban metidos en un lago, y su situacion era por cierto la mas incómoda. Estando en esto, oyéron el ladrido de un perro, y como estos animales jamas estan sino donde hay gente, dedujéron que cerca habria alguna casa. Con esta esperanza resolviéron salir de aquel cenagoso sitio, y para hacerlo con la posible seguridad tomáron la precaucion de caminar muy despacio, asegurando siempre una

mano en la peña desde donde habian caido, y yendo siempre agarrados por las ropas, á fin de que si por desgracia les sucedia otra caida no pudiesen separarse, y cayesen para vivir ó morir juntos. Con estas advertencias anduviéron largo rato oyendo de quando en quando los ladridos del perro, cuya voz le sonaba mejor que la de las mas famosas actrices del teatro de Lóndres, quando habiendo dado vuelta á la peña que les servía de apoyo, conociéron que habian caido en un valle, y viéron á lo léjos una luz que les animó sobremanera. Contentos con esto hallan-

go comenzáron con toda la prisa que les permitia su situacion; pero como estaban ya muy atemorizados, y eran novicios en semejantes aventuras, comenzáron á pensar en quiénes podrian ser los que habitaban aquella casa ó choza en que estaba la luz que los dirigia. Bellford, que era el mas animoso, hizo presente á su compañero Tom, que quizás aquella seria una casa de campo, y que el perro que tanto les habia animado estaria durmiendo á la puerta de ella, ó tal vez seria uno de los que guardan los ganados. Si esto era así ellos llegarian á la puerta, llamarian, y

diciendo quienes eran, y lo que les habia sucedido, era muy natural que los dueños de aquella quinta los recogiesen aquella noche, y aun les diesen caballos para continuar su viage con mas seguridad. Todo eso está muy bueno, dixo Tom; ¿pero no puede ser tambien que esa luz esté en alguna choza donde se recoja una quadrilla de vandidos? Estos tienen luces y tienen perros que los avisen miéntras que ellos duermen, y de este modo evitan que los sorprehenda la justicia que los persigue; y en este caso es muy natural que nos roben, y aun nos asesinen para que

no podamos decir quando lleguemos á la ciudad el parage en que ellos estan recogidos. Sean en buen hora, ladrones, replicó Bellford; pero ¿por qué los hemos de suponer tan crueles, que ya que nos roben, quiten tambien la vida á dos infelices que van á ponerse en sus manos? Muy buena opinion teneis de la moral de estos, repuso Tom; pero sea lo que fuese, ya no podemos evitar el dirigirnos hácia ellos; y supuesto que ha cesado la lluvia, redoblemos el paso, y vamos á ver nuestra buena ó mala fortuna. Dicho esto procuráron acelerar su marcha; y á poco ra-

to divisáron unas tapias, cuyo descubrimiento les sosegó alguna cosa; pues viéron que no era choza de ladrones, sino un edificio el que se les presentaba. El perro habia cesado de ladrar, no se oia ningun ruido, ni tampoco veian ya la luz que les habia animado. Sin embargo, diéron vuelta á la casa, que era bastante grande, y hallando una puerta, resolviéron llamar á ella; ¡pero quál fué su sorpresa quando viéron que tenia puesta la llave en la cerradura, y que solo estaba entornada! Rempujáronla poco á poco, para no sorprehender á quien estaba dentro, y sin

atreverse á pasar adelante, saludáron con toda atencion á la persona ó personas que suponian habitaban allí; pero como nadie les respondiese, y volviese á comenzar la lluvia con toda fuerza, viéron que no les convenia ser tan políticos, y buenamente se entráron en la pieza, que les pareció ser una caballeriza; y volviendo á entornar la puerta para que no les incomodase el viento, que era bastante frio, resolviéron pasar allí la noche, dándose por muy contentos con verse á cubierto de la mucha agua que caia. Como ignoraban la extension de aquella pie-

za, se contentáron con sentarse en el suelo inmediatos á la puerta; y determináron dormir un rato, que era lo que mas necesitaban, despues del largo trecho que habian andado, y del furioso golpe que habian recibido. Bellford, que ya he dicho era el mas animoso, lo consiguió á poco rato; pero Tom, acosado siempre de su miedo, no pudo tener aquel alivio; y así, mudando de situaciones para buscar otra mas cómoda, hizo tanto, que al fin tropezó con un bulto. Era muy natural que tuviese la curiosidad de informarse de lo que era; pero él hubiera dado alguna cosa

por no ser entónces tan curioso; pues tropezó con una cabeza humana, y lo que es peor, tentando la cara, advirtió que era un cadáver. Tal fué su espanto que no pudo contenerse, y dando un grito despertó á Bellford, que maquinalmente se puso en pie, y echó mano á una pistola. Pasado este primer movimiento involuntario, y viendo que estaba la pieza tan obscura como ántes, preguntó á Tom qual habia sido la causa de su grito, y como él le respondiese que habia tentado un cadáver, comenzó á reirse de su miedo, y le preguntó si creia en duendes y apere-

cimientos. Creo lo que estoy tocando, dixo Tom: no dudeis que estamos entre cadáveres: tocad, tocad: he aquí un brazo humano divido del cuerpo. — Sí por cierto, exclamó Bellford algo asustado, y he aquí las piernas de otro cadáver, si ya no es el mismo que habeis tocado. ¿Qué será esto, Bellford, replicó el otro? Quién diablos lo puede decir, repuso él; pero de todos modos es preciso que salgamos de este lugar tan horroroso. Ya no puede faltar mucho hasta el dia, y pues tenemos franca la puerta, ménos malo es que nos mojemos de nuevo, que no el que nos es-

temos en un sitio tan hediondo: ¿pero cómo, y por qué motivo habrán traido aquí estos cadáveres? eso es lo que yo no sé, respondió Tom; pero lo cierto es que suena gente, y segun parece vienen hablando.

Con efecto es verdad, y á poco rato los que hablaban se fuéron llegando tan cerca que nuestros afligidos viageros pudiéron oir clara y distintamente esta conversacion.

Demonio, ¿no ves que me echas á mí todo el peso? ¿Qué tienes, maldito seas? ¿por qué retiras la cabeza? — No la he de retirar si me vienen dando en la misma boca los pelos del difunto. — ¡Miren

que niño de cera! ¿y qué importa que te den en la boca, mandria, si eres tan cobarde? ¿para qué te has asociado con nosotros? Siempre dixe yo que tú eras demasiado delicado para este oficio: dexa caer aquí ese cadáver, tírale con fuerza, que no se matará del golpe: cobarde, ¿te parece á tí que el buen jornal que nos da Sir Spelmit se gana jugando á los dados? pues ahora empiezas á ver mundo, y si no quieres presenciar cosas mas crueles, bien puedes volver en hora mala á tu antiguo oficio.

Cada palabra de estas era un rayo que atravesaba el corazon de

los pobres amigos; y hemos de confesar que por esta vez tenia su miedo motivos muy justos. Hallábanse en un quarto lleno de cadáveres, con otro á la puerta, y segun las palabras de los que le conducian, no dudaban que en aquella casa los vivos eran mucho mas temibles que los muertos. Segun estas apariencias, comenzáron á pensar que se hallaban entre una quadrilla de vandoleros, que iban á depositar en aquel quarto las víctimas que sacrificaban en el camino Real. Con esta idea veian muy próxima su muerte: miéntras que en voz baxa conferenciaban entre

sí, oyéron que los que afuera estaban trataban de meter el cadáver en aquella pieza, á lo qual se opuso otro, cuya voz no habian oido hasta entónces, por lo qual el mismo que habia reñido á su tímido compañero, le mandó volviese á tomar la carga, y ántes de que lo hiciese, advirtiendo que estaba puesta la llave á la puerta, tuvo nuevo motivo para reprehender su descuido; y como él le respondiese que no habia ningun inconveniente en dexarla abierta, pues nadie pasaba por aquellas veredas, y mucho ménos á tales horas, el otro, montando en cólera, le repli-

có, amigo mio, diablos son bolos, y con una de estas casualidades puede llevarse el diablo todo nuestro secreto.

Ya pueden vmds. figurarse qué impresion harian estas palabras en el ánimo de Tom y de su compañero. Miráronlas como la mas evidente prueba de su peligro, y mucho mas se asustáron quando viéron que aquel furioso desconocido quitó la llave, y jurando y renegando se alejó con el otro, que segun las señas, manifestaba mucha repugnancia á aquel género de vida. Quedáronse así en una prision terrible nuestros pobres viageros,

meditaban una y mil veces ponerse en fuga; pero cada vez lo hallaban mas imposible, y á lo qual se añadia el que no podian dar un paso sin tropezar con calaberas ó pedazos de cadáveres. En esta penosísima situacion estuviéron mas de media hora, quando oyendo pasos, y mirando hácia la puerta, viéron por la cerradura una luz, y casi al mismo tiempo oyéron el ruido de la llave. Ya llegó el fin de nuestra vida, dixo Bellford; pero ya que la perdamos, probemos de qualquier modo si es posible que nos precedan algunos de estos viles asesinos. Ambos tenemos armas de fue-

go: nuestro peligro nos dará fuerzas; y aun quizás nuestro valor podrá servirnos para conservar la vida. Dicho esto prepararón sus pistolas, y apénas viéron que se abria la puerta se presentáron intrepidamente á los que pensaban venian á asesinarlos. No es posible pintar la sorpresa de los que entraban, sin sospechar siquiera que pudiese haber gente en aquel sitio: en particular el hombre, que tanta repugnancia habia manifestado á manejar los cadáveres, creyó buenamente, al oir el ruido y al ver á Tom, que era un muerto resucitado, y fué tal su temor, que de-

T.º 3º. Pª 31º.

Prepararon sus pistolas y se presentaron intrepidamente.

Cerrud. dib.º Miranda gr.º

xando caer una vela que llevaba en la mano, comenzó á correr por el campo. Los demas se pusiéron á guardar la puerta; y Bellford, conociendo que eran muchos, y no dudando que estarian bien armados, quiso ántes que usar de la fuerza, valerse de los ruegos para que los dexase en libertad: y así en breves palabras, segun convenia á tan críticas circunstancias, les hizo presente que por una casualidad habian venido á encerrarse voluntariamente en aquella pieza, prometióles el mas religioso secreto sobre lo que habian visto en ella, y concluyó diciéndoles que si intentaban hacer-

les sufrir la misma muerte que habian dado á aquellos infelices, entre cuyos restos se hallaban, estaban determinados á defenderse hasta el último apuro.

Este breve razonamiento produxo unas grandes risotadas entre los de afuera: la escena pasaba á obscuras; por lo qual el que hacia cabeza de aquella gentes mandó á uno que fuese á traer luces, y miéntras que volvia, aseguró á los desconocidos que no tenian ningun motivo de temer, y que apénas viesen la luz, conocerian quán injustamente habian juzgado al dueño de aquella casa, y á toda su fa-

milia. Sin embargo, Tom no podia tranquilizarse: cotejaba las palabras de aquel hombre con lo que ántes habia escuchado, y con los cadáveres que le rodeaban, y de todo inferia que aquella gente intentaba matarlos de algun modo extraño, y solo los tranquilizaba con el fin de desarmarlos para mejor executar despues sus infames proyectos. Tales eran sus reflexiones, quando viniéron dos criados con hachas, y entrando en el quarto, vió Tom y su compañero que se hallaban en una sala de disección anatómica. El dueño de ella, que ellos habian creido capitan de vando-

leros era un hábil cirujano que deseando adelantar en su profesion, se desterraba voluntariamente de la sociedad, y buscaba en los cadáveres el verdadero camino de conocer las dolencias de los vivos, y los medios de aliviarlas. Con efecto, aquel apreciable profesor les dixo el motivo con que traia á su casa los cadáveres; pues las preocupaciones de su nacion no le permitian dedicarse públicamente á tan útiles investigaciones. Disculpó su miedo, pues á la verdad habian tenido bastante fundamento; y, haciéndolos pasar á su habitacion, se informó de los infortunios que les

habian sucedido: reconoció las contusiones que habia causado la caida de la peña; les aplicó los remedios convenientes; y habiéndoles asistido con el mayor cariño, les dió dos caballos y un criado, con cuyo auxilio al otro dia, despues de haber descansado, continuáron su viage.

DON SEVERO.

Aseguro á vmd. que tan suspenso he estado yo miéntras la narracion de ese suceso, como lo pudiéron estar esos jóvenes. No me acordaba ni remotamente de que hay anatomía en el mundo; y así cada vez que los consideraba me-

tidos entre cadáveres, temia, como ellos, que les sucediese la última desgracia.

DON CARLOS.

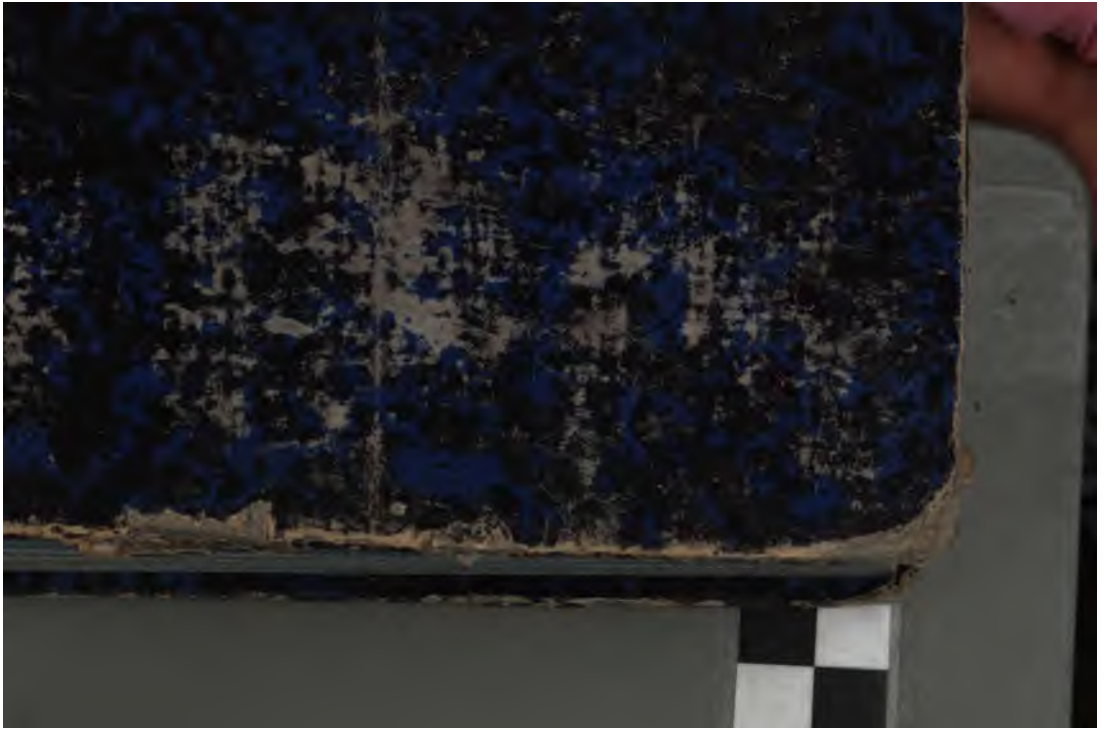
Todos esperábamos lo mismo; pero señores, ya es muy tarde, y yo tengo que madrugar para emprender mi nueva caminata; por lo qual bien será que nos retiremos, y demos fin á nuestras tertulias. Para mí han sido tan divertidas, que quisiera volverme á hallar en las puertas de Sevilla, para que de nuevo comenzase nuestro viage: toda mi vida me acordaré de él: no me descuidaré en escribir á tan buenos amigos; y si Dios quisiere

que volvamos á reunirnos, seré el primero que suplique á todos que continuen las conferencias que ahora se interrumpen.

No hubo uno que no prometiese lo mismo; y pasados los recíprocos cumplimientos, todos nos retiramos; y yo, que desde el principio resolví publicar estas Conversaciones, y que habia tenido el mayor cuidado en apuntar quantas noticias pude conservar en la memoria, pidiendo copias de todos los papeles que se habian leido en el curso de las tertulias, comencé al otro dia á ordenar mis apuntaciones, y formé los quadernos que pu-

blico. Quizás no parecerán á todos tan apreciables como á mí me parecíeron; pero estoy bien seguro de que podrán instruir á algunos, divertir á muchos, y no ser perjudiciales á ninguno; y así doy fin á las Conversaciones de nuestro viage, que son las que me propuse publicar.

Donde esta Obra se hallarán las siguientes.

	PRECIOS.	
	Papel, ó rústica.	*Pasta.*
Las relaciones de la vida y aventuras del Escudero Marcos de Obregon, escritas por el Maestro Vicente Espinel: nueva edicion, en dos tomos en octavo...	20	24
Observatorio rústico, ó descripcion de la vida de campo, y sus ventajas: por Don Francisco Gregorio de Salas: séptima impresion, en un tomo en dozavo mayor, adornado con seis láminas, y la que sirve de portada, en que está el retrato del autor; todas perfectamente dibujadas y grabadas.	12	14
La misma obra solo con la lámina de la portada.		10
Epígramas, y otras poesías, con el juicio imparcial del carácter de los naturales de las provincias de España, por el mismo autor, en octavo mayor.	4	
La Araucana, poema por Don Alonso de Ercilla y Zúñiga: dos tomos en octavo prolongado, nue-		

	Papel, ó rústica.	Pasta
va edicion.	18	22
Las Obras Poéticas de Doña Rosa Galvez de Cabrera: tres tomos en octavo mayor, que contienen varias poesías líricas, comedias, tragedias, óperas y piezas en un acto, y unipersonales.	20	26
Coleccion de los Filósofos Moralistas antiguos, vidas y pensamientos morales de estos: obra traducida del frances por Don Henrique Atayde y Portugal, doce tomos en dozavo mayor. . . .	50	80
Exercicio Cotidiano, con diferentes oraciones y devociones para ántes y despues de la Confesion y sagrada Comunion, y tambien para oir el Santo Sacrificio de la Misa: un tomo en octavo mayor, de letra muy gruesa, en buen papel.	8	12
La Diana Enamorada: obra divertida en prosa y verso por el célebre Gaspar Gil Polo: un tomo en dozavo.	8	10
La Inocencia perdida de los primeros padres: poema en dos cantos, por Don Felix Josef Reynoso: obra premiada en competencia por una academia de letras humanas de Sevilla en jun-